

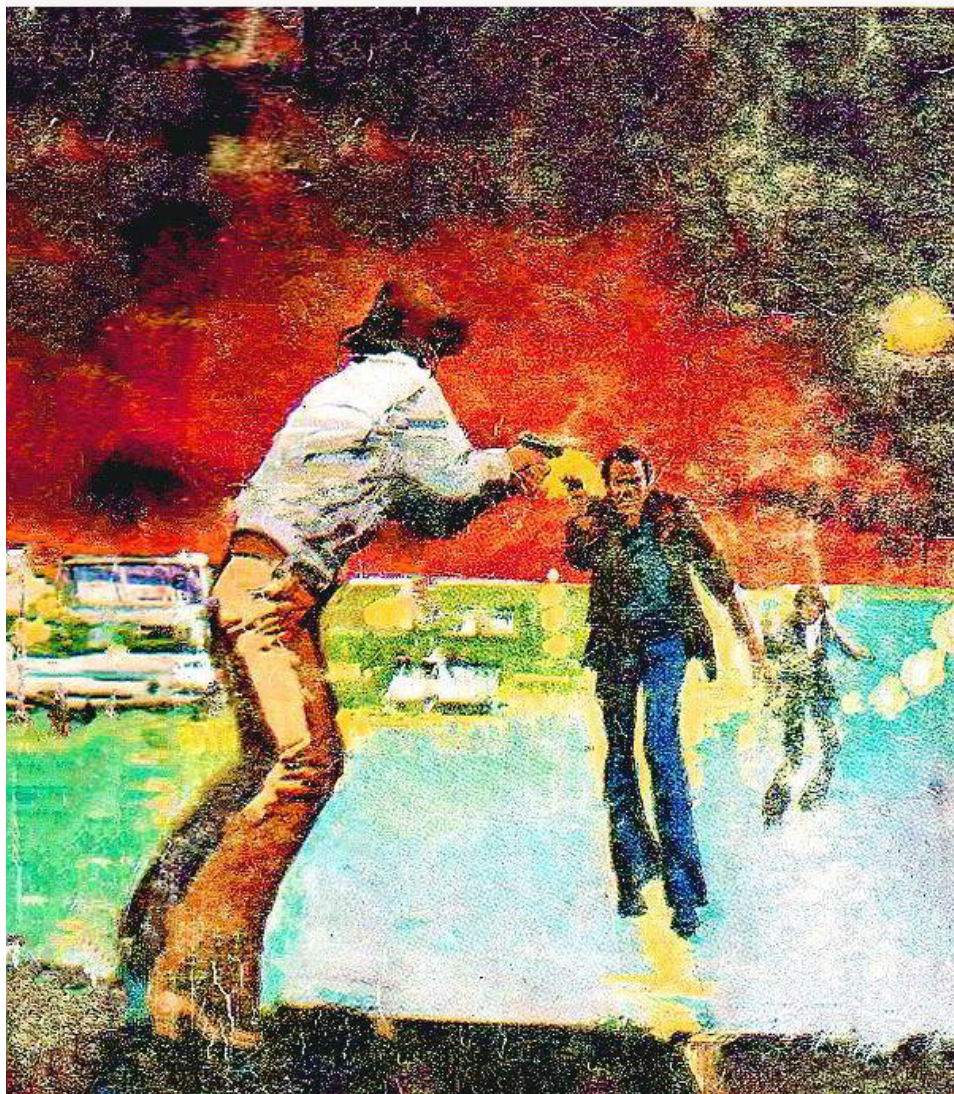
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el envío a Amsterdam

CLARK CARRADOS



Bannister hizo saltar la llave en la palma de la mano. Sí, se imaginaba qué puerta abría. El número figuraba en la llave. Entonces, bastaba ir a la estación de autobuses de Halfton Mili, abrir uno de los armarios de equipajes, extraer el envío y...

Bannister volvió a suspirar.

—Ocho años —dijo, a media voz.

Pero valía la pena haber esperado. Sí, los ocho años habían pasado como un soplo y ahora iba a encontrarse con lo que resolvería sus problemas de un modo punto menos que definitivo. Ya no necesitaría tener que amarrarse a un escritorio, por una suma semanal poco menos que irrisoria... Probablemente, montaría su propio negocio...

Las ideas se agolpaban en su mente. ¡Podían hacerse tantas cosas con ochenta mil libras!



Clark Carrados

El envío a Amsterdam

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1340

ePub r1.0

Lds 12.09.18

Título original: *El envío a Amsterdam*

Clark Carrados, 1976

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Geoffrey Bannister recibió la carta que contenía la llave, emitió un hondo suspiro de alivio en primer lugar. Después, dio un par de zapatetas y, finalmente, para celebrarlo, se tomó un buen trago del escocés que guardaba para las grandes ocasiones.

La carta, aparte de la llave, contenía un mensaje muy breve:

«Estación de autobuses de Halfton Mill».

Bannister hizo saltar la llave en la palma de la mano. Sí, se imaginaba qué puerta abría. El número figuraba en la llave. Entonces, bastaba ir a la estación de autobuses de Halfton Mili, abrir uno de los armarios de equipajes, extraer el envío y...

Bannister volvió a suspirar.

—Ocho años —dijo, a media voz.

Pero valía la pena haber esperado. Sí, los ocho años habían pasado como un soplo y ahora iba a encontrarse con lo que resolvería sus problemas de un modo punto menos que definitivo. Ya no necesitaría tener que amarrarse a un escritorio, por una suma semanal poco menos que irrisoria... Probablemente, montaría su propio negocio...

Las ideas se agolpaban en su mente. ¡Podían hacerse tantas cosas con ochenta mil libras!

Guardó la llave en el bolsillo de su chaleco y buscó la chaqueta. Minutos después, salía al jardín, donde su esposa estaba entretenida con la poda de unos rosales.

—¿Sales, Geo? —se extrañó la señora Bannister, todavía joven y de buen ver.

—Sí, voy a encontrarme en El Ciervo de Oro con un viejo amigo, al que hace años no veo. Tomaremos unas copas y charlaremos de los buenos tiempos.

—Está bien, Geo, pero que no sea más de una cerveza. Y procura estar a la hora de la cena; no me gustaría que te retrases, sobre todo, cuando hay asado.

—No me retrasaré, cariño.

La señora Bannister volvió a inclinarse. Su esposo le dio una cariñosa palmada en el estratégico lugar que ahora, debido a la postura, quedaba como más sobresaliente de su cuerpo.

Ella soltó una risita. Bannister, silbando alegremente, subió a su coche y puso el motor en marcha.

«Ahora podré cambiar este cascajo», pensó.

En medio de todo, se dijo, no estaba tan mal. El empleo era bueno y seguro y, con los años, había conseguido comprar aquella casita lejos de Londres, en donde, invariablemente, pasaba los fines de semana con su esposa.

«¡Pero, ochenta mil libras...!», exclamó mentalmente.

Quizá no le conviniera abandonar el empleo, al menos durante los primeros tiempos. Algunos podrían recelar... y Bannister sabía que Scotland Yard no había olvidado aún el asunto de la Rubbert Diamond.

El coche bajó por Sixmile Drive, tomó luego por Padbury Road y siguió así hasta llegar a las inmediaciones de Halfton Mill. En total, un cuarto de hora de viaje, por unos parajes sumamente pintorescos, bordeado el camino en casi toda su longitud, por árboles y espesos setos.

Bannister paró el coche no lejos de la estación. Se apeó, cruzó la explanada y buscó el departamento de equipajes. Recordaba muy bien el número de la llave. Pronto estuvo frente al armario número treinta y uno.

Abrió. Sus ojos chispearon de alegría al ver el paquete de forma oblonga, semejante a una caja de habanos, aunque ligeramente más grueso. Estaba envuelto en papel de embalar y atado con una cuerda fina, sobre cuyos nudos se habían puesto unos sellos de lacre.

Bannister había ido prevenido. El paquete fue a parar a una cartera de mano. Cerró el armario y dejó la llave puesta, para el

siguiente viajero. Después, abandonó la estación, regresó al coche y emprendió de inmediato el camino de vuelta.

La impaciencia le devoraba. Apenas dejó Padbury Road y entró en Sixmile Drive, paró a un lado de la carretera y sacó el paquete.

Cortó la cuerda con la ayuda de un cortaplumas. Rasgó el papel. La caja quedó al descubierto.

Bannister sintió que le temblaban las manos.

—Ochenta mil libras —murmuró.

Inspiró con fuerza. Al fin, levantó la tapa.

Pero Bannister no vio billetes. Sólo vio fuego, un fuego rugiente, abrasador, que le envolvió en una mortífera llamarada, cuyo resplandor, sin embargo, cesó pan él en una fracción de segundo.

El conductor del camión lechero que seguía aquella misma ruta, vio de pronto el coche parado a un lado de la carretera. Estaba a unos cien metros y el conducto pensó que tal vez había una pareja dedicada al dulce deporte de intercambiar bacilos con los labios. De pronto vio que el coche saltaba por los aires.

El pie derecho del chófer pisó el freno a fondo. Pasmado, vio volar el automóvil en pedazos, mientras que sus tímpanos resultaban horriblemente maltratados por el trueno de la explosión. Luego, casi en el acto, los resto del coche que aún quedaban en la carretera empezara a arder, debido al fuego que se había propagado al depósito de la gasolina.

El conductor detuvo por fin su camión y saltó al suelo Horrorizado, contempló las llamas y se dijo que, quien quiera que fuese la persona o personas que se hallaba en el automóvil, ya no se podía hacer nada por salvar sus vidas.

* * *

Después de leer la carta que acababa de recibir, Chester Ball reflexionó profundamente sobre su contenido preguntándose quién diablos podría ser aquella Sylvia Endicott que le llamaba a su residencia campestre, para un asunto de la mayor urgencia.

El nombre le resultaba completamente desconocido.

Sin embargo, la señora Endicott citaba un lugar que para Ball tenía gratos recuerdos:

Fowler's

College. Hacía ya doce o trece años que había abandonado aquel centro de estudios, pero los recuerdos de su época de adolescente no se habían borrado todavía.

Debía de ser alguna condiscípula, casada, por supuesto; aunque Ball se sentía muy intrigado por no tener la menor idea de cómo la señora Endicott había conseguido averiguar su dirección. De todos modos, era algo que no tenía mayor importancia en aquellos momentos.

Acudiría a la llamada. Antes de salir de casa, sin embargo, tomó el teléfono y avisó de su decisión. No era totalmente independiente.

Hora y media más tarde, detenía el coche junto a la entrada riel parque de una lujosa mansión, que apenas si se entreveía a causa de los numerosos árboles del recinto.

Bajó del automóvil y se acercó a la verja para tocar el timbre de llamada.

«No cabe duda —se dijo Ball—, la señora Endicott vive bien».

Un micrófono disimulado preguntó su nombre. Ball dio la respuesta. A los pocos instantes, la verja se retiró silenciosamente a un lado.

—Puede pasar con el coche —añadió la voz.

Momentos después, un atildado mayordomo salía a su encuentro.

—Señor Ball, la señora le aguarda en el salón —dijo—. Gracias.

Ball entró en la casa, cuyo *hall* era tan grande como su departamento. A la derecha vio una puerta entreabierta y supuso que era la de la estancia donde le aguardaba la dueña de la mansión.

Avanzó con paso mesurado, abrió la puerta y entró. Una hermosa mujer se puso en pie al verle, tendiéndole ambas manos.

—Chester, querido —dijo, con cálida sonrisa.

Ball parpadeó. El rostro le resultaba conocido...

—Me casé y enviudé —añadió ella—. Pero cuando íbamos juntos al colegio Fowler, llevaba el pelo largo y suelto. Entonces me llamaba Luisa Bright.

—¡Luisa Bright! —repitió él, casi gritando.

—La misma. Estoy cambiada, ¿no? Claro que han pasado ya doce años..., ¿o son trece, Chester?

—No importa el tiempo; estás ahora infinitamente más guapa

que entonces —sonrió el visitante—. Pero el nombre y el apellido...

—Mis nombres eran Luisa Sylvia, aunque a mi difunto esposo le gustaba más el segundo y por eso lo uso yo ahora habitualmente. Además de su apellido, claro.

—Comprendo, Luisa... ¿O prefieres que te llame Sylvia?

—A tu gusto, Chester. ¿Qué prefieres? ¡*Whisky, brandy* o jerez!

—A estas horas, jerez.

Ella rió suavemente.

—Eres un hombre de gusto —dijo—. Anda, siéntate, luego hablaremos.

Ball obedeció. Se respiraba lujo por todas partes, pero el gusto en la decoración era evidente. Seguro que el difunto Endicott había sido persona refinada.

Con el rabillo del ojo, contempló a su hermosa anfitriona, cuya belleza había madurada con el paso de los años. Sylvia tenía una abundante cabellera negra y una silueta de numerosos atractivos, cubierta por un vestido sencillo, pero de indudable precio. Las joyas que usaba eran más bien escasas: dos pequeños pendientes, un collar de perlas y un costoso reloj de platino y diamantes.

Era evidente que los años habían refinado también a Sylvia, antaño una alegre y tumultuosa estudiante, apreciada por todos los compañeros. Ahora se la veía más reposada y serena... y también inquieta por algo que aún desconocía, dedujo Ball, cuando sintió entrecocar el frasco con el vidrio de la copa.

Sylvia volvió junto a él y le dio una copa.

—Te necesito, Chester —dijo.

—Estoy aquí para ayudarte, pero, dime, ¿qué te sucede?

Sylvia titubeó unos segundos.

—Chester, tú ya no estás en el Yard —dijo.

—No —reconoció él—. Ingresé a los veinte años. Nueve después, me ofrecieron un magnífico empleo en una de las agencias de investigación más acreditadas de Londres.

Buen sueldo y casi completa libertad para elegir mis casos.

—Se nota que conocían tu fama —sonrió ella.

—Bueno, había tenido un par de casos algo difíciles y supe resolverlos. No es que sea excesivamente ambicioso, pero en este mundo tampoco se pueden desaprovechar las oportunidades, sobre todo, cuando no se actúa contra la ley.

—Sí, es cierto. Precisamente por eso mismo te he llamado, Chester.

—Sylvia, por favor, ¿quieres decirme de una vez qué te sucede? Ella le dirigió una honda mirada.

—Hablando claramente, temo que me asesinen —respondió. Ball casi saltó en su asiento.

—¿Te han amenazado? ¿Has sido objeto de algún chantaje? A juzgar por lo que he visto, no eres pobre precisamente...

—Mi difunto esposo me dejó en una magnífica situación económica. Claro que no podía prever esto hace ocho años. Entonces, era todavía una simple mecanógrafa en la City, Chester.

—Sí, el futuro resulta siempre impredecible y más a largo plazo —convino él—. Pero ¿en qué consiste la amenaza?

—Chester, cuando sucedió, tú debiste enterarte de ello. ¿No recuerdas el caso de la Rubbert Diamond?

Ball volvió a asombrarse.

—El robo del envío de...

—Sí, un envío de diamantes a Amsterdam. Además, había cuatro lingotes de platino, con un peso total de casi tres kilos. El importe global del envío ascendía, en cifras redondas, a un millón trescientas sesenta mil libras esterlinas.

—Pero se detuvo al ladrón, se le juzgó y fue a parar a la cárcel exclamó Ball. —Incluso creo recordar su nombre...

—Guy Lyssiner, gerente de la Rubbert. Sí, lo condenaron a dieciséis años, pero hace algunos meses que ha salido, tanto por buena conducta como por su precario estado de salud. Sin embargo, no se han vuelto a encontrar jamás los diamantes ni los lingotes de platino.

Ball hizo un gesto con la cabeza.

—Fue un caso que hizo bastante ruido —recordó—. Claro que entonces yo acababa de dejar las rondas por las calles y empezaba a trabajar de paisano, aunque no en robos, sino en Homicidios. Por lo que puedo recordar, no hubo sangre en el caso Lyssiner.

—Ahora la ha habido y puede que se derrame más —declaró Sylvia dramáticamente—. Fuimos seis los autores del robo, además de Lyssiner... ¡y uno de nosotros ya ha sido asesinado!

CAPÍTULO II

Ball volvió a servirse la segunda copa de jerez, mientras Sylvia le explicaba con todo detalle lo sucedido ocho años antes. Cuando ella hubo terminado la narración, el visitante meneó la cabeza con gesto pesoso.

—¿Cómo pudiste enredarte en un asunto semejante? —exclamó.

—La verdad..., no lo sé siquiera; ahora supongo que actué con notoria irreflexión, sin entretenerme a pensar en sus consecuencias. Pero Lyssiner aseguró que podríamos obtener, al menos, ochenta o noventa mil libras...

—En total, erais siete, contando al gerente. Si el envío tenía un valor de un millón trescientas sesenta mil libras, os correspondían casi doscientas mil a cada uno.

—Bien, teóricamente así debiera de haber sido —respondió Sylvia—. Pero es preciso tener en cuenta que ni el platino ni las piedras preciosas se podían vender en un mercado abierto. Había que perder algo, Chester.

—Bastante, Sylvia, si antes has mencionado ochenta o noventa mil libras —dijo él.

—Aun así, era una suma muy interesante y todos estuvimos de acuerdo.

—¿Siete personas?

—Sí.

—Pero, no entiendo...

—Hay una razón muy simple: los siete odiábamos a Malcolm Rubbert. No te puedes imaginar la clase de hombre que era, y es, supongo, el dueño de la empresa. Trataba a los hombres como esclavos y, en cuanto a nosotras... ¡Oh, conmigo se portó del modo más repugnante y vil que puedas figurarte!

—Entonces, el robo del envío fue una venganza.

—Sí, Más de una vez le habíamos pedido aumento de sueldo. Rubbert siempre nos lo negó, incluso a su gerente. Un día le amenazamos con marcharnos todos y se rió en nuestras caras, diciendo que los informes que daría no nos permitirían conseguir ningún empleo. Era hombre de considerables influencias, ¿comprendes?

Ball asintió.

—De modo que la idea del robo partió de Lyssiner.

—En efecto. Pero no lo hizo tan bien como había calculado y fue a parar a la cárcel. El caso es que ahora ha salido y, supongo, querrá quedarse con todo el botín.

—Con no entregarlo, sería suficiente, Sylvia.

—Teóricamente, así debiera ser, Chester. Sin embargo, Geoffrey Bannister ha muerto ya.

Sylvia le tendió un periódico, en el que, en gruesos titulares, se daba la noticia de la muerte de un tal Bannister, debido a una misteriosa explosión que le había destrozado por completo, cuando se hallaba en su coche.

—Y tú supones... —dijo, al terminar la lectura.

—A poco de ingresar en la cárcel, Lyssiner nos hizo saber que repartiría el dinero cuando quedase en libertad. Yo me casé poco después y olvidé el asunto por completo. Ni siquiera me acordaba ya, hasta que me enteré de la muerte de Bannister. Entonces, comprendí de golpe las intenciones de Lyssiner.

—De modo que sospechas que Lyssiner quiere mataros a los seis, para quedarse con el dinero.

—Sí. Yo calculo que debió de conseguir unas seiscientas mil libras. Lyssiner quiere quedarse con el botín.

—¿Has hablado con él?

Sylvia negó con la cabeza.

—No, ni le he vuelto a ver desde el día que le juzgaron en Oíd Bailey —respondió.

—Pero antes has dicho que está muy quebrantado de salud...

—Chester, las personas se aferran siempre a la vida, hasta el último minuto —dijo Sylvia con vehemencia—. Y en la cárcel, seguro, habrá conocido a criminales, capaces de matar a quien sea por unos cientos de libras.

—No me cabe la menor duda —asintió él, pensativamente—. Bien, Sylvia, haré lo que pueda en tu ayuda, con una condición.

—Sí, Chester.

—Voy a hacerte numerosas preguntas y quiero una total franqueza. ¿Has entendido?

Ella sonrió.

—No podría ocultarte nada, sobre todo, cuando mi propia vida está en juego —repuso.

A Ball le pareció una respuesta excesivamente melodramática, pero no hizo el menor comentario.

El tiempo se le pasó casi sin sentirlo. Cuando terminó, anochecía.

—Quédate a cenar —le invitó Sylvia—. Y si te es demasiado molesto, ordenaré que te preparen una habitación.

—Sí, creo que me quedaré —sonrió él—. Pero esto que voy a hacer no es enteramente por cuenta mía. Aunque tengo mucha libertad en la agencia, debo informar a mis jefes de lo que hago.

—Comprendo, Chester. También deberás rendir cuentas de los gastos que hagas, ¿verdad?

Minutos después, Sylvia le entregaba un cheque, por valor de quinientas libras.

—Quiero que te dediques de lleno a este caso, pero no deseo que tus jefes puedan hacerte un día reproches —dijo.

Ball guardó el cheque.

—Lo acepto, porque no soy del todo independiente —manifestó—. Pero puedes tener la seguridad de que pondré el máximo interés en resolver tu problema.

—Gracias, Chester. Realmente, fui cómplice en el robo, pero ahora ya no aceptaría un solo penique del botín. Díselo así a Lyssiner, cuando lo veas.

—Así se lo diré —prometió Ball.

* * *

La casa era de modesta apariencia y el jardín que la rodeaba muy pequeño, pero se respiraba limpieza y pulcritud. Ball tiró de la campanilla de llamada y aguardó unos segundos.

La puerta se abrió. Una hermosa muchacha, de cabellos castaños

y ojos azules, le miró con mesurado interés.

—Me llamo Ball —se presentó—. ¿Puedo hablar con Guy Lyssiner?

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó ella recelosamente.

Ball sacó una tarjeta de visita. La joven leyó unos instantes.

—Detective privado —dijo—. Sí, señorita...

—Soy Gwen Lyssiner —contestó ella con cierta seque dad—. Espere aquí; no es seguro que mi padre quiere hablar con usted.

Ball no dijo nada. Gwen se metió en la casa y volvía al cabo de unos minutos.

—Mi padre le recibirá —anunció—, pero le ruega que sea breve. No está muy bien de salud.

—Lo sé, señorita.

Ball dio unos pasos y entró en una sala de modesta apariencia. Había una puerta al fondo y pudo ver un caballete con una tela a medio pintar. Pero inmediata mente puso toda su atención en el hombre que tenía frente a sí.

Posiblemente, no contaba más de cincuenta y ciña años, aunque aparentaba veinte más. Guy Lyssiner ya no tenía apenas pelo y la piel caía en flácidos pliegue sobre sus mejillas. Por si fuera poco, tenía que moverse en una silla de ruedas.

Una manta a cuadros cubría sus piernas. Realmente Lyssiner era una ruina física. Ball no pudo por meso de compadecerlo íntimamente.

—Hable —dijo el enfermo con seco acento.

—Señor Lyssiner, se trata del asunto de la Rubbert Diamond.

Se oyó una risita cascada.

—Creo recordarlo —dijo Lyssiner irónicamente—. Gwen, muchacha, ¿no fue por algo parecido que me condenaron a dieciséis años de cárcel?

—¡Papá! —dijo la muchacha, vivamente sonrojada.

—Nosotros planeamos el robo, en efecto; y lo ejecutamos —admitió el inválido—. Pero alguien nos dejó con un palmo de narices.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. No obtuvimos el menor provecho. Los otros, sin embargo, fueron mucho más afortunados: yo pagué por todos y ninguno tuvo que ir a la cárcel. Allí dejé mi salud, ¿comprende?

Ball se sentía desconcertado.

—¿Quiere decir que usted robó el envío de diamantes y platino... y que no consiguió ni un solo penique de beneficio?

—Así es, señor Ball.

—Me cuesta trabajo de creer...

—Piense como guste, no es usted el único. Pero, lo crea o no, le he dicho la verdad.

—Vamos a ver, vamos a ver —dijo Ball, a la vez que movía las manos—. Si no estoy mal informado, y mi fuente de información es directa, fueron siete personas las que planearon el robo. Todas ellas, cinco hombres y dos mujeres, intervenían habitualmente en los envíos que la Rubbert hacía a los tallistas de Amsterdam. Operaciones de control, empaquetado, contabilidad...

—Y así es como, un buen día, preparamos un envío, pero haciendo dos paquetes exactamente iguales —dijo Lyssiner—. Uno, con pedruscos vulgares, fue a parar a Amsterdam. El otro vino a mi casa.

—Aquí.

—Efectivamente.

—¿Y...?

—Desapareció. Simplemente, me lo robaron. Señor Ball, pida en el Palacio de Justicia las actas de mi proceso. Allí podrá enterarse con más detalles de todo lo sucedido.

—De modo que se trajo el paquete a la casa...

—Y me lo robaron —insistió Lyssiner.

—Pero no le creyeron —terció la muchacha, en pie, junto al sillón de ruedas. Ball sacudió la cabeza.

—Sinceramente, a mí también me cuesta trabajo creerlo —dijo—. Señor Lyssiner, ¿sospecha usted de alguno de sus seis cómplices?

—No, ellos no sabían en absoluto dónde podía estar el paquete con los diamantes y el platino.

—Quizá usted esté engañado al respecto.

—Ninguno de ellos había estado jamás en mi casa ni yo les dije dónde escondería el paquete, hasta que tuviera el dinero. Pero cuando el comprador estaba ya dispuesto a pagar, fui a buscar el paquete y ya no lo encontré en el sitio donde lo había dejado.

—Aquí, en esta misma casa.

La arrugada mano de Lyssiner señaló una chimenea, situada a su

derecha, con una repisa de historiados relieves.

—Gwen —dijo solamente.

La muchacha se acercó a la repisa de la chimenea y empujó con ambas manos por el centro, hacia arriba. Dos tercios de la repisa se alzaron fácilmente, dejando a la vista un hueco de unos sesenta centímetros de largo, por quince de profundidad y unos veinte de altura.

—Ahí estaba el paquete y de ahí desapareció —dijo Lyssiner.

—¿Cree que pudo ser el comprador?

Lyssiner se encogió de hombros.

—Jamás lo he sabido —respondió.

—¿Qué dijeron sus compañeros al enterarse de la desaparición del paquete?

—¿Qué esperaba que dijeran? Simplemente, pensaron que era un plan ideado por mí, para evitar la devolución de lo robado a la Rubbert.

—Es decir, ellos creían que usted lo escondió y que jamás dijo a la policía dónde estaba el escondite.

—Así es, señor Ball.

—Pero usted dijo a la policía que también había sido robado...

—La verdad, aunque no me creyeron y fui a parar a la cárcel.

Era una historia inverosímil, pensó Ball. Tal vez, al cabo de los años, Lyssiner persistía en la negativa, a fin de no tener que repartir con nadie el botín que le había costado ocho años de encierro y la salud.

—Por favor, ¿puede darme el nombre y dirección del comprador? —solicitó, a la vez que sacaba una agenda y un lápiz.

—No hay inconveniente, muchacho.

Ball anotó los datos. Después dijo:

—Si su historia es cierta, habrá que pensar en un «soplo», señor Lyssiner.

—Para mí no cabe la menor duda —respondió el enfermo.

—En tal caso, ¿quién fue el «soplón»?

—Hasta ahí ya no llego. Averíguelo usted, ya que tanto interés tiene en este asunto.

—Tengo interés, en efecto. La señora Endicott me ha encargado del caso, señor Lyssiner.

—No conozco a ninguna señora Endicott.

—Cuando trabajaba en las oficinas de la Rubbert, se apellidaba Bright.

—Oh, sí, la recuerdo, una chica preciosa... Posiblemente la que más objeciones puso al asunto, aunque, finalmente acabó por acceder. —Los ojos de Lyssiner emitieron un brillo insólito—. Lo hicimos por venganza, señor Ball; Malcolm Rubbert era un tipo realmente repugnante. Bueno, lo es, porque todavía vive, pero me alegro de que lo que hicimos le enviase a la ruina, aunque nosotros no consiguiésemos ningún beneficio.

—La señora Endicott tampoco tiene buenos recuerdos de Rubbert —dijo el joven pensativamente—. Dígame una cosa, señor Lyssiner. ¿Está enterado de la muerte de Geoffrey Bannister?

—Sí. Lamentable, muy lamentable.

Gwen se movió de pronto.

—Por favor —rogó—, la conversación ya ha durado bastante.

—Siento haberles molestado, pero no tenía otro remedio —se disculpó el visitante—. ¿Es usted pintora, señorita?

—Trabajo para una revista de modas como dibujante. Cuando tengo un poco de tiempo, pinto, con la esperanza de poder exponer algún día —respondió la mujer.

—Le deseo toda suerte de éxitos. Señor Lyssiner he tenido mucho gusto —se despidió Ball.

Momentos después, estaba en su coche. ¿Había sido sincero Lyssiner?, se preguntó. Recordando lo que le había dicho Sylvia, lo dudaba muchísimo.

Antes de arrancar, volvió los ojos hacia la casa. A través de una de las ventanas, vio algo que llamó extraordinariamente su atención.

Lyssiner se había puesto en pie, abandonando el sillón de ruedas, y se apoyaba en un bastón. Ball vio que el enfermo se movía por la estancia, sin demasiadas dificultades, aunque tampoco con la agilidad de sus años mozos.

«Quizá el sillón de ruedas sea una especie de pantalla, para ocultar su verdadero estado de salud», pensó recelosamente.

Hizo girar la llave de contacto y el motor se puso en marcha. Si Lyssiner no le había mentado, el hombre que debía haber comprado las piedras preciosas se llamaba Jackson Phyle y vivía en Paddington. Una visita Phyle podría resultar altamente interesante,

se dijo.

CAPÍTULO III

Jackson Phyle era un hombre de unos cuarenta y cinco años y rostro granítico, aunque no totalmente inexpresivos. Apenas el visitante manifestó los motivos de su presencia en su despacho, Phyle hizo una mueca de disgusto.

—Ése es un asunto del que no me gusta hablar —manifestó.

—Pero usted estaba dispuesto a comprar...

—Nunca admitiré nada semejante, señor Ball.

—Lyssiner me ha dicho...

—¿Va a creer a un ex presidiario más que a un hombre honrado y de intachable reputación?

Ball rió suavemente.

Esos elogios son de su cosecha propia y no emitidos por otras personas, señor Phyle.

—Por favor, no estoy dispuesto a tolerar insultos.

—Señor Phyle, he trabajado algunos años en el Yard. Su nombre es conocido en ciertos departamentos, como negociante y comprador de pocos escrúpulos. ¿Por qué no se deja de rodeos y admite lo que es evidente?

—Muy bien, de acuerdo. Y aunque así fuera, ¿qué pruebas hay de que yo quisiera comprar algo que siete chiflados robaron a su jefe?

—Yo no busco pruebas; lo que quiero es averiguar qué fue del botín.

Phyle se encogió de hombros.

—Iba a ser un buen negocio para todos —admitió finalmente—. Pero cuando ya estábamos a punto de completarlo, Lyssiner fue arrestado por la policía y luego juzgado y condenado.

—Señor Phyle, ¿dónde vive Lyssiner? —pregunto Ball

súbitamente.

—No lo sé, jamás he estado en su casa.

—¿Seguro?

Phyle alzó solemnemente la mano derecha.

—Lo juro —dijo con gran énfasis—. Pero usted ha hablado con él. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Fue un pequeño truco —sonrió el visitante—. ¿Dónde tuvieron lugar las entrevistas..., digamos preparatorias del negocio?

—Aquí, en este mismo despacho.

—¿Le dijo alguna vez Lyssiner dónde escondería el botín?

—No nunca. El acuerdo fue que yo proporcionaría el dinero y él traería los diamantes y el platino. Señor Ball reunir seiscientos mil libras esterlinas no es fácil y todavía lo es menos vender unas piedras y unos lingotes de platino robados.

—Me lo imagino —dijo Ball, a la vez que se ponía en pie. ¿Cuál hubiera sido su beneficio, de haberse llevado a cabo el negocio?

—Ciento cincuenta, doscientas mil libras esterlinas... Es difícil saberlo, porque eso depende de muchos factores. Habría tenido que esperar mucho tiempo para ir dando salida gradualmente al botín...

—Phyle meneó la cabeza—. Lo crea o no, a partir de entonces, todos mis negocios han sido decentes. Gano menos, pero duermo tranquilo.

—Eso es propio de las personas honradas —se despidió Ball.

La visita a Phyle no le había aclarado muchas cosas, se dijo, mientras sentado tras el volante de su coche, consultaba su agenda de notas. De un modo u otro el negocio no se había llevado a cabo. Pero el botín no había aparecido... y uno de los ladrones había perecido horriblemente.

¿Quién era su asesino?

Ball dejó de lado estos pensamientos. El nombre que figuraba en su lista era de mujer: Hedda Markhane, y aunque no era el primero, tenía la ventaja de que vivía relativamente cerca.

Por tanto, decidió visitar a la segunda mujer involucrada en el robo.

Tenía unos treinta y cinco años, era estrepitosamente rubia y de formas generosamente dotada por la naturaleza. Las pintadas cejas de Hedda Markhane se arquearon al contemplar a su visitante.

—¿Nos conocemos? —preguntó con sonrisa insinuante.

—Podemos conocernos —dijo Ball.

—No suelo recibir visitas sin previo aviso...

—Ah, es preciso avisarla.

—Sí.

—Y concertar la hora de la visita.

—Corrientemente, eso es lo que hago. Pero usted será la excepción —rió Hedda—. Entre, amigo...

—Ball, Chester Ball.

—¿Le envía Minnie?

—No conozco a ninguna Minnie.

La sonrisa de Hedda se hizo un poco tirante.

—Entonces, ¿quién diablos le ha dado mi dirección? Preguntó.

Ball contempló unos instantes a la mujer que tenía frente a sí. Era fácil adivinar su «profesión». La tal Minnie debía de ser su «celestina», pensó.

—Cuando estaba soltera, se llamaba Luisa Bright —dijo.

—Oh, sí, la recuerdo. Hubo un tiempo que trabajamos juntas en la misma oficina. ¿Qué hace ahora esa preciosa chica?

—Se quedó viuda y... me habló de usted y de las cosas que pasaron hace ocho años en la Rubbert.

Hedda sacudió nerviosamente un cigarrillo contra la pintada uña de su pulgar.

—Fue un fracaso, pero me alegro de que Rubbert se arruinase —dijo.

—Parece ser que Rubbert no era lo que se dice un tipo simpático —comentó Ball.

—Asqueroso —calificó Hedda crudamente—. ¿Me da fuego, Chester?

Ball sacó el encendedor. Hedda aspiró el humo a grandes bocanadas.

—Hubiéramos sacado una buena tajada, debo admitirlo —dijo—. Pero al viejo Guy debió fallarle algo, porque lo «trincaron» muy pronto.

—Sin embargo, lo robado no fue recuperado jamás.

Hedda se encogió de hombros.

—Ya no he querido preocuparme más del asunto —declaró—. No podía pasarme la vida esperando ochenta mil libras... que, como ha resultado después, jamás llegarían.

—¿Cree que Lyssiner les engañó?

—No lo sé. Tal vez sí, acaso pensó que era el único que fue a parar a la cárcel y que, por dicha razón, tenía derecho a quedarse con todo.

—Hedda, ¿qué declaró usted en el juicio?

—Lo acordado: nadie sabía una sola palabra y Lyssiner había sido siempre un buen hombre. Pero ello no le sirvió de nada y lo condenaron.

—Lastimoso, ¿no?

Ella le arrojó el humo a la cara.

—¿Has venido aquí a hablar solamente de un tema va pasado? —preguntó, insinuante.

—También podríamos hablar de Bannister —dijo él.

—¿Qué le pasa a ese viejo zorro?

—Ha muerto. Alguien puso una bomba en su coche.

Hedda se sentó de golpe en un sillón cercano.

—Cielos —musitó.

—¿Lo sabía?

—No. Es la primera noticia.

—Los periódicos...

—No leo los periódicos, no dicen más que catástrofes —contestó ella, despectiva—. Te lo juro, Chester, no sabía nada de la muerte de Bannister. Pero ¿por qué lo han asesinado?

—También me gustaría a mí saberlo, aunque presumo que su muerte está relacionada con aquel robo.

—Pudiera ser —murmuró ella.

Chester se dirigió hacia la puerta. Hedda corrió tras Ball.

—¿Te vas ya? Habíamos quedado en que intentaríamos conocernos —exclamó.

Ball dudó un momento.

Contempló a la mujer. Sí, Hedda era muy atractiva.

Y se había mostrado un tanto reticente. Convenía obtener más información: tal vez sabía más de lo que había dado a entender y mostrarse seco y arisco con ella no contribuiría precisamente a sus fines.

Sonrió.

—Anda, prepara dos copas —dijo.

Hedda le guiñó un ojo, a la vez que hacía un círculo con el

pulgar y el índice.

—Creo que llegaremos a conocernos... a fondo —aseguró.

* * *

Para ser un hombre que se decía arruinado, Malcolm Rubbert no vivía precisamente en una choza. Quizá su residencia no tenía la categoría de la de Sylvia Endicott, pero Ball pensó que, a menos que heredase a una tía inmensamente rica, jamás podría ser el propietario de una casa semejante.

Después de su llamada, aguardó hasta que alguien abrió la puerta. Una joven de unos veintiséis o veintisiete años le miró inquisitivamente.

—Me llamo Chester Ball, señora —dijo—. ¿Podría hablar con el señor Rubbert?

—Es mi padre —contestó ella secamente—. Yo soy Diana Rubbert.

—Encantado, señorita.

—¿Para qué desea verle?

Ball demoró la respuesta un instante. Diana era guapa, muy atractiva, pero sus facciones eran duras, escasamente amables.

—Dígale que se trata de un robo cometido en su empresa hace algo más de ocho años —contestó por fin.

—Ah, sí, el robo que nos envió a la ruina... No creo que a mi padre le guste mucho recordar ciertas cosas, pero entre, señor Ball.

—Mil gracias, señorita Rubbert.

Dentro de la casa se oyó una voz masculina:

—¿Quién es, Diana?

—Chester Ball, querido. ¿Lo conoces?

Un hombre apareció en el vestíbulo. Tenía treinta y cinco años y era de mediana estatura, rostro afilado y ojos continuamente en movimiento.

—No tengo el gusto —dijo.

—Es Louis Melville, mi primo —manifestó Diana.

—Encantado, señor Melville.

—Es un placer, señor Ball. ¿A qué ha venido?

—Louis, quiere hablar con papá del robo de los diamantes y el platino —dijo la joven.

Melville torció el gesto.

—No le hará gracia —rezongó—. Ese robo nos arruinó.

—¿Ha dicho «nos»? —preguntó Ball cortésmente.

—Yo también tenía intereses en la Rubbert Diamond —dijo Melville.

—Lo siento muchísimo...

—Señor Ball, ¿qué interés tiene usted en algo que pasó hace ocho años?

—Los diamantes y el platino no han aparecido todavía.

Diana soltó una risita.

—Noticia fresca —exclamó.

—Y le han encargado buscarlos —dijo Melville.

—Algo por el estilo. Pero, si no les importa, preferiría hablar del asunto con el propio señor Rubbert.

—¿Quién le envía a usted, joven? —tronó súbitamente una voz en una de las puertas que daban al vestíbulo.

Ball se volvió. Malcolm Rubbert le miraba hostilmente desde la entrada de lo que parecía un gabinete de trabajo. Era un hombre de sesenta y tantos años, todavía bien conservado y de expresión rebosante de dureza e implacabilidad.

—Me envía la señora Endicott —dijo el joven—. No conozco a nadie que se llame así... —Estuvo empleada en sus oficinas. Entonces se apellidaba Bright.

—Oh, sí, ahora caigo. Una pequeña zorra, ocupada únicamente en lucir el escote y las piernas. Andará por ahí, correteando por las calles...

—La señora Endicott es una dama respetabilísima y jamás ha sido lo que usted dice, señor Rubbert —contestó Ball, procurando dominar su indignación. Rubbert sonrió burlonamente.

—Le habrá engatusado, pero esto es lo de menos —comentó—. Me robaron algo muy valioso y fui derecho a la ruina, eso es todo lo que tengo que decir. Lo único que añadiré es que lamento que no se aplique la pena de muerte a los ladrones; de otro modo, Lyssiner no habría salido ya de la cárcel.

—Libre y para disfrutar de su botín —añadió Melville, rencoroso.

—¿Lo cree así? —Se volvió Ball para hacer la pregunta.

—Seguro —manifestó Diana.

—Un tal Bannister ha muerto —dijo el visitante.

—Leemos los periódicos —dijo Rubbert—. Y yo le diré por qué ha muerto Bannister.

—Se lo agradeceré infinito...

—Bannister ha muerto, porque Lyssiner no quiere repartir el botín con sus cómplices, simplemente.

—Muy seguro está de lo que dice, señor Rubbert.

—Salta a la vista. Y ahora, ¿quiere dejarnos, señor Ball?

—Su presencia nos disgusta, por no decir otra cosa —declaró Melville hostilmente.

—Todo lo que nos recuerde el origen de nuestra ruina, nos es altamente desagradable —manifestó Diana.

Los ojos de Ball se pasearon por el interior de la casa.

—Esto no significa ruina precisamente —dijo.

—Vivíamos infinitamente mejor. La casa está hipotecada. No sé si podremos hacer frente a los próximos vencimientos —rezongó Rubbert.

—Quizá tengamos que vender la propiedad —murmuró Diana.

—Hemos aguantado unos años. A fin de cuentas, al liquidar el negocio, algo quedó. Pero no podía durar eternamente —dijo el dueño de la casa.

—Lo siento tantísimo. Créame que...

—Señor Ball, díganos exactamente qué es usted —solicitó Melville.

El joven dudó un instante.

—Representante legal de la señora Endicott —dijo al cabo.

—¿Representante? —se asombró Diana.

—Ella reconoce haber tomado parte... en el juego, digámoslo benevolentemente; pero ahora es una dama de intachable reputación y quiere, más que ninguno, que aparezca el botín y se conozca la verdad en todos sus términos.

—Entonces, ya sabe cuánto debía saber. Lyssiner fue el autor principal y ahora no quiere repartir con sus compinches el producto del robo. Eso es todo, señor Ball —dijo Rubbert secamente.

Ball entendió que se le despedía.

—He tenido mucho gusto en conocerles —murmuró.

Cuando salió de la casa, se sentía terriblemente frustrado. No había visto simpatía ni amabilidad en ninguno de sus habitantes.

Por si fuera poco, no sólo la figura, sino la actitud de Rubbert venía a corroborar los informes que tenía sobre él.

—En otros tiempos, habría sido un terrible capataz de esclavos —suspiró, mientras se acomodaba de nuevo tras el volante de su coche.

Miró hacia la casa. Diana y su primo estaban tras una ventana, muy juntos, contemplándole con interés nada agradable, le pareció.

En realidad, tenían motivos para sentirse irritados con Lyssiner y sus cómplices. La pérdida de aquel envío les había dejado en la ruina.

Era preciso ser objetivos y reconocer que Rubbert tenía que sentirse muy irritado cada vez que le recordasen el robo que le había arruinado.

CAPÍTULO IV

Hedda Markhane terminó de arreglarse y se contempló satisfecha en el espejo de cuerpo entero de su dormitorio. Había recibido una agradable invitación y le esperaba una deliciosa velada. Cena en un lujoso restaurante, teatro, una obra picante y divertida, y luego...

El hombre que la había invitado tenía dinero. Hedda había salido con él más de una vez. Su acompañante era generoso.

Terminó el tocado, cogió su bolso y abandonó el departamento. El ascensor la llevó hasta el sótano, donde tenía su coche estacionado. Iba a encontrarse con su acompañante en la puerta del local donde pensaban cenar. El hombre que la había invitado prefería usar el coche de Hedda, cuando salía con ella. Hedda sabía muy bien que aquel sujeto no quería salir con su «Rolls Royce» en determinadas ocasiones y no le importaba en absoluto.

Abrió la portezuela del automóvil y se sentó tras el volante. Entonces, notó la presencia de un extraño en el interior del coche.

Miró por el retrovisor. La luz era muy escasa y no pudo distinguir otra cosa que un sombrero con el ala muy echada hacia adelante. Pero casi en el mismo instante, sintió un agudísimo dolor en la nuca.

Cayó hacia adelante. Hedda murió sin enterarse de que le habían pegado un tiro.

El disparo no hizo apenas ruido, porque la pistola tenía silenciador.

* * *

Estaba terminando de afeitarse, cuando sonó el timbre de la

puerta. Ball hizo un gesto de disgusto; no solía recibir visitas a las nueve y media de la mañana.

El timbre sonó de nuevo. Ball se secó la cara y agarró la bata de baño. Calzado con unas simples sandalias, cruzó la salita y abrió.

—¡Caramba! —dijo, estupefacto, al reconocer a su inesperada visitante.

—Deseo hablar con usted —dijo Gwen Lyssiner.

Ball se echó a un lado. Gwen vestía un traje azul marino, con vivos blancos en el cuello y puños. Casi parecía una colegiala.

—Por supuesto, señorita —dijo—. ¿Me permite que prepare un poco de café?

—Si es para mí, no se moleste, muchas gracias; ya he desayunado.

El tono de la muchacha era seco, casi hostil, advirtió Ball. Gwen llevaba un periódico en la mano.

—Está bien, dígame lo que desea, señorita, aunque mi indumentaria no es la más apropiada...

—No se preocupe por minucias —cortó ella—. Lea, por favor.

Gwen desplegó el periódico. Ball respingó.

—Hedda Markhane... asesinada... —dijo, atónito.

—Un tiro en la cabeza. Muerte instantánea. Pero no ha sido mi padre.

—Yo no he dicho nada semejante —protestó él.

De pronto, Gwen se sentó en un sillón, llena de desánimo.

—Debo admitir que mi padre cometió una locura —dijo—. Por muy repugnante y tirano que fuese Rubbert, no debió vengarse de ese modo.

—Lo siento, señorita; lo que está hecho ya no se puede borrar.

—Sí, es cierto..., pero sospecho que alguien trata de cargarle esas muertes.

—El botín no ha aparecido. Vendido a bajo precio, vale, al menos, medio millón de libras.

—Lo sé y eso es lo que me preocupa. Mi padre no...

—Su padre anda, señorita —recordó él de pronto.

—Nunca hemos dicho que fuese un inválido absoluto. Pero su salud quedó muy quebrantada y todavía tiene poca fuerza en las piernas. Hablando sinceramente, cuando da cien pasos, se siente terriblemente fatigado. Pero anda y yo temo que alguien se

aproveche de esa circunstancia para cometer los crímenes.

—En su opinión, ¿quién puede ser?

Gwen hizo un gesto de desaliento.

—No tengo la menor idea —respondió—. Pero quiero proteger a mi padre a cualquier precio. Cometió un pecado, es cierto, pero ya lo ha purgado y con unas consecuencias mucho más terribles de lo que nadie pueda imaginar. No quiero que ahora se aproveche nadie de la situación para culparle de unos crímenes que él no ha cometido en absoluto.

—Es una idea muy loable —convino Ball—. Sin embargo, hay una cosa evidente: el envío a Amsterdam desapareció y no se ha vuelto a saber nada más de su contenido.

—Sí, justamente.

—¿Estaba usted enterada de ello en aquella época en que se produjo la desaparición?

—¡Por favor! Yo tenía quince años entonces... Ni siquiera mi madre sabía nada; sólo me lo dijo cuando se sintió enferma de muerte. El disgusto de ver a mi padre encarcelado fue lo que la llevó a la tumba.

—Sí, parece congruente. Su padre no podría franquearse a una chiquilla de quince años —murmuró Ball—. Pero es evidente que alguien conocía el escondite de la... mercancía. ¿Se le ocurre a usted algún nombre?

—No, en absoluto. Tampoco mi padre sospecha de nadie en concreto, aunque, a decir verdad, sospecha de todos los que intervinieron en el asunto.

—De los cuales han muerto dos ya.

—Protegeré a mi padre —declaró Gwen con vehemencia—. He comprado un revólver y él lo tendrá a mano en todo momento...

—¡Olvide el arma! —dijo Ball enérgicamente—. Un revolver sólo serviría para empeorar su situación. Además, no van a matarle.

—¿Cómo puede decir una cosa así?

Ball alargó la mano y se apoderó del bolso de la muchacha. Mientras respondía a su pregunta, extrajo el revólver y lo dejó a un lado.

—Si van a cargar esas muertes sobre las espaldas de su padre, no parece lógico que lo asesinen —manifestó.

—Es verdad —reconoció la muchacha, mordiéndose el labio

inferior—. No había caído... Pero mi padre no mató a Hedda Markhane —insistió—. A la hora en que se cometió el crimen, estaba en casa. No se ha movido de casa desde que una ambulancia lo trajo del presidio.

—Escuche un momento, Gwen —dijo Ball—. Vuélvase a casa y espéreme allí. Seguramente, yo iré a verles esta tarde. Tengo que interrogar a algunas personas y, créame, mi interés por resolver este asunto no es menor que el suyo. Una buena amiga me ha encargado del caso y quiero seguir hasta el final.

Gwen hizo un esfuerzo por sonreír.

—Se lo agradeceré infinito. Y si su labor acarrea gastos...

—Por favor —cortó Ball, alzando una mano—. Ya tengo quien me pague. Pero me siento intrigado por su presencia en Londres tan temprano.

—No tiene nada de particular. Vine a entregar unos dibujos al director de mi revista y compré un diario. Entonces me enteré de la muerte de Hedda y fue cuando me decidí a visitarle a usted —explicó la muchacha.

—Comprendido —sonrió él—. Váyase tranquila, se lo ruego.

Gwen se marchó. Ball fue a la cocina y se preparó el desayuno, hondamente sumido en sus meditaciones. Cuando terminó, se vistió, pero antes de salir de casa, hizo una llamada telefónica.

La llamada iba dirigida a un antiguo compañero suyo en el Yard. El inspector Dereck Sullivan dijo que no sabía demasiado del caso, ya que no se lo habían encomendado, pero que lo había oído comentar a otro colega.

—El portero del inmueble dice que, más o menos, a la hora en que se supone fue cometido el crimen, vio entrar a un hombre de mediana estatura, que caminaba con ciertas dificultades. Usaba unas grandes gafas oscuras, que es, hoy día, el antifaz más utilizado, y necesitaba un bastón para ayudarse a andar. En lo poco de la cara que se le podía ver, apreció una considerable palidez, como si el desconocido hubiese sufrido una reciente enfermedad. Eso es todo lo que sé... salvo que nadie oyó el disparo, por lo que se supone fue empleada una pistola con silenciador.

Ball agradeció a su ex colega la información, que le había dejado consternado. Las declaraciones del portero del inmueble culpaban claramente a Lyssiner, pese a lo que Gwen pudiera decir en contra.

Una pistola con silenciador, repitió mentalmente. En la cárcel, Lyssiner habría trabado amistad con toda clase de delincuentes. Alguno de ellos le habría indicado dónde comprar un arma y el silenciador.

Y ahora, seguramente, fingía una invalidez que le servía para...

¿Para no repartir el botín?

Suspiró, mientras sacaba la agenda y consultaba otro nombre en la lista que le había dado Sylvia Endicott. Por cierto, se dijo, tenía que ir a verla, para conseguir más detalles acerca de la forma en que se había cometido el robo.

—Mañana —decidió—. Hoy ya no tendré tiempo.

* * *

Thaddeus Perkins era un sujeto de unos cuarenta años, más presumido que realmente elegante y que se esforzaba heroicamente en disimular las profundas entradas de sus sienes, mediante un peinado más bien risible. Era de ademanes afectados y tenía la voz un tanto aflautada, pero su actitud no resultó acogedora.

—Ya declararé en tiempos cuantos tenía que decir sobre el caso —respondió a las primeras preguntas de Ball—. Por tanto, ahora no tengo nada más que añadir.

—Dos antiguos compañeros suyos han muerto —dijo Ball, armándose de paciencia—. Bannister y Hedda...

—Lo sé, he leído los periódicos. Pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—¿Por qué? También intervino en el robo, ¿no es cierto?

—Debo admitirlo como un oscuro pasaje de mi vida, del cual estoy sinceramente arrepentido —declaró Perkins almibaradamente—. Pero ahora tengo un magnífico empleo...

Ball consultó su reloj de pulsera.

—¿Un empleo? —repitió—. Señor Perkins, son las once y media de la mañana. No veo que esté en su oficina.

—Es un empleo un poco peculiar, que permite gran libertad de movimientos. Trabajo para una agencia de contratación de artistas y esta mañana —precisamente, tengo que ir a visitar a una muchacha que canta muy bien. Mi informe puede ser decisivo para su carrera, créame.

—Comprobaré su declaración, señor Perkins.

El sujeto se encogió de hombros.

—Le daré el nombre y la dirección de la agencia artística —contestó, desafiante—. También le diré cómo se llama su director y propietario, ya que no confía en mi palabra.

—Señor Perkins, lo que yo quiero son detalles del robo del envío a Amsterdam. Conozco el suceso en líneas generales, pero deseo saber quién pudo apoderarse del paquete...

—Lyssiner. Nos falló. Se guardó todo y no cumplió lo prometido.

—Pero ustedes estaban de acuerdo con él.

—Completamente de acuerdo —corroboró Perkins.

—¿Quién preparó el paquete falso, que sólo contenía guijarros?

—Lyssiner.

—¿No le ayudó usted en nada?

—Sí, puse una cerilla cuando él iba a calentar el lacre. Era una respuesta burlona, adivinó Ball. Perkins, si sabía algo más, no estaba dispuesto a soltar la lengua.

—Muchas gracias —se despidió.

Pero antes de abrir, giró en redondo.

—¿Señor Perkins?

—¿Sí?

—No olvide que dos de los cómplices del robo han sido asesinados ya. Usted puede ser el tercero.

—Me moveré con mucho cuidado, no se preocupe.

—¿Cree que Lyssiner puede ser el asesino?

—No me extrañaría en absoluto. Quizá teme que alguno de nosotros vaya a reclamarle su parte. Por lo que a mí concierne, insisto, ése es un asunto definitivamente cancelado.

Ball hizo un gesto de asentimiento y abandonó la casa. Perkins era un individuo astuto, duro de pelar. ¿Lo serían también los dos que faltaban en su lista?

Uno de ellos vivía fuera de Londres. Tendría que ir a verlo otro día.

En cuanto al otro, Barry Albertson, estaba momentáneamente ausente de su casa, le informó el conserje del edificio donde vivía.

—Creo que ha ido unos días fuera, aunque no dijo la fecha exacta de su regreso —manifestó el hombre.

Un tanto descorazonado, Ball decidió iniciar el viaje a Epping,

en uno de cuyos barrios periféricos vivían los Lyssiner.

* * *

Gwen recibió al visitante con notorias muestras de inquietud.

—Mi padre ha leído los periódicos de la tarde —declaró—. Cualquiera diría que ha sido él, ¿no le parece?

—¿Les ha molestado la Policía?

—Vino un inspector del Yard y le hizo unas cuantas preguntas, eso es todo.

Lyssiner se hizo visible en aquel momento, haciendo rodar el sillón sobre el cual permanecía la mayor parte de las horas.

—No he salido de aquí desde que me pusieron en libertad —manifestó—. Cualquiera de mis vecinos puede corroborarlo, señor Ball, y así se lo he dicho al policía que ha venido a interrogarme. Por otra parte, le he enviado a mi médico; él, mejor que nadie, conoce mi actual estado de salud.

—Comprendo, señor Lyssiner, pero usted también debe comprender que es uno de los principales sospechosos. Me molesta tener que decir una cosa así, aunque usted debe esforzarse por conocer los otros puntos de vista.

—Sí, lo sé perfectamente. Pero insisto, yo no he sido...

—Está bien, señor Lyssiner, dejemos esto por el momento. Quiero hacerle algunas preguntas; lo estimo absolutamente necesario.

—De acuerdo, adelante.

Gwen se despegó del sillón de ruedas.

—Voy a preparar el té —anunció.

Ball encendió un cigarrillo. Ofreció a Lyssiner, pero el ex presidiario declaró que había dejado el vicio en la cárcel.

—Se trata de la forma en que hacían los envíos de diamantes y platino a Amsterdam —dijo Ball—. Deseo que me lo explique en la forma más clara posible, señor Lyssiner.

—Los envíos de platino eran rarísimos. Rubbert operaba casi exclusivamente en diamantes. Se ponían en una caja, forrada de guata, luego se cerraba y precintaba... y eso es todo.

—¿Quién preparaba los envíos? —Yo, en presencia de Rubbert, claro—. Y luego los llevaba al correo... —No, él se encargaba de

ello.

—Vamos por partes. Usted y Rubbert, dice, preparaban los envíos. ¿Cómo es que, entonces, tuvieron que intervenir nada menos que otras seis personas?

—Es comprensible. Unos estaban en contabilidad había un experto en gemas, que atestiguaba eran genuinas, otro se ocupaba del peso... De un modo u otro, cada vez, que había un envío, todos intervenían en el caso. Rubbert y yo realizábamos las operaciones finales.

—Eso significa que la caja, bien envuelta y debidamente precintada, quedó en el despacho. Lyssiner sonrió maliciosamente.

—Rubbert era... un poco sucio. O quizá demasiado amigo de la higiene. Todos sabíamos que después de tocar muchos papeles o cuando había preparado un envío, o simplemente después de examinar un libro de cuentas, se metía en el lavabo contiguo, para lavarse las manos a fondo.

—Rubbert y yo preparamos el paquete. Todos, en la oficina, sabíamos lo que sucedería. El paquete con la carga falsa estaba ya preparado. Mientras él se lavaba las manos, uno me entregó el paquete falso y yo le di el que contenía los diamantes y el platino. Conocíamos previamente el peso, de modo que no nos fue difícil calcular el de los guijarros que sustituían al contenido auténtico.

—¿Qué pasó después?

—Habíamos acordado que yo me encargaría de la venta del botín, pasado un plazo prudencial. Había que suponer que en Amsterdam se darían cuenta del cambio, como así sucedió. Pero la Rubbert Diamond era una empresa muy conocida. Esperábamos que se sospechase de alguien ajeno; no es la primera vez que ocurre en esta clase de negocios.

—Sin embargo, no sucedió así y a usted le acusaron enseguida. ¿Por qué?

Con voz opaca, Lyssiner respondió:

—Hubo un traidor en el grupo, señor Ball.

—¿Puede darme su nombre?

Gwen entraba en aquel momento, empujando el carrito con el servicio de té.

—No fue traidor, sino traidora —dijo Lyssiner—, y entonces se hacía llamar Luisa Bright.

CAPÍTULO V

—Usted tenía quince años cuando ocurrieron los hechos —dijo Ball—. ¿Cuál era el aspecto de su padre entonces?

Gwen, en la puerta de la casa, alzó las cejas, vivamente sorprendida por la pregunta.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Su padre ha acusado de traidora a la señora Endicott. Es cierto que entonces aún estaba casado, pero Sylvia fue siempre una mujer muy hermosa, de gr atractivo físico. Todavía lo sigue siendo; a fin de cuentas ella y yo somos de la misma edad.

—Usted trata de dar a entender que mi padre pudo pretender ciertos favores de Sylvia y que ella, enfurecida le traicionó.

Ball emitió una sonrisa de circunstancias.

—Es una posibilidad que debe tenerse en cuenta, sobre todo, después de la acusación formulada —dijo—. He hablado con Rubbert y calificó a la señora Endicott muy duramente.

—Mi padre fue siempre fiel a su esposa —aseguró muchacha vehementemente—. No creo en esa posibilidad. —Pero sí cree en la traición de Sylvia. Gwen se encogió de hombros.

—Es lo que él dice. Está mucho más enterado del asunto que yo, lógicamente —respondió.

—Así no conseguiremos nada —dijo él tristemente. Su padre no quiere ser más explícito.

—¿No cree que tiene motivos para sentirse resentido, después de todo lo ocurrido?

—¿Dijo a alguien dónele pensaba esconder el botín?

—No, me parece que no. Espere un momento...

Gwen volvió a entrar en la casa y salió un minuto después.

—Jamás lo dijo a nadie —declaró—. En cuanto a mí, sólo lo

supe, cuando ya salió de la cárcel y me contó algunos detalles del asunto.

—Está bien —dijo Ball—, pero es evidente que, si su padre dijo la verdad, alguien conocía el escondite de la chimenea. Oiga, aunque usted tuviera quince años, puede recordar si invito a alguno de sus compañeros de oficina a esta casa...

—Prácticamente, no habíamos tenido tiempo. Nos mudamos unos seis meses antes de que se cometiera el robo. Además, está algo alejado de Londres.

—Sí, ya veo. —Ball emitió una ligera sonrisa—. Volveré cuando sepa más cosas. Gwen suavizó su gesto. —Cuando quiera— dijo.

Ball subió al coche. Aunque ya anochecía, pensó que sólo había una hora de camino. Sylvia Endicott le invitaría a cenar de buena gana.

* * *

—Lyssiner dice que tú eres la traidora del grupo —declaró Ball, cuando, después de la cena, Sylvia le servía el café y los licores.

Ella le dirigió una larga mirada.

—¿En qué se basa para afirmar una cosa semejante? —preguntó.

—No ha querido explicarlo con demasiada claridad. En fin, parece que no te tenía en demasiado buen concepto. Sylvia, no te ofendas; yo sólo repito lo que él me dijo.

—Lyssiner también tenía su genio. Cuando Rubbert no estaba, se consideraba un pequeño diosillo. Yo le contesté desabridamente un par de veces, eso es todo. —Pero te aceptó en el grupo.

—Era una empresa de personal muy reducido. Siete, más el propietario... y su hija.

Ball arqueó las cejas. —¿Diana Rubbert?— exclamó.

—Sí. Empezaba a trabajar en aquella época. Era tan antipática como su padre. Creía que todos nosotros, además de empleados, éramos sus criados.

—Sylvia, ¿conociste entonces a un tal Louis Melville?

—¿Quién es ese individuo, Chester?

—Hijo de una difunta hermana de Rubbert y primo, por tanto, de Diana. La hermana se casó con John Smerson Melville, también fallecido.

—No, nunca oí hablar de ese primo. Ni siquiera conocía la existencia de una hermana de Rubbert.

—Me siento desconcertado —confesó Ball—. Lyssiner, es evidente, se llevó el paquete a su casa, pero desapareció del lugar donde lo había escondido. Y nadie ha vuelto a ver desde entonces los brillantes ni los lingotes de platino.

—Lo siento, creo que ya te he dicho cuanto sé —manifestó ella.

—Tendremos que darle mil vueltas al asunto; sólo así será posible que salga a la superficie un detalle, momentáneamente desapercibido, que nos de la clave de la solución.

Ball sonrió.

—Si no te importa, me quedaré esta noche aquí —dijo—. Ésta es tu casa —contestó ella—. Lo hago por tu propia protección. Mañana haré que te envíen un guardaespaldas, Sylvia. Ella mostró decepción.

—Creí que te quedabas por otros... motivos —dijo, maliciosa.

—Realmente, hay motivos —contestó él—. Pero quiero vigilar. Recuerda, Bannister y Hedda han muerto ya.

—Sí —dijo Sylvia, con las facciones contraídas—. Pero, sinceramente, no acabo de comprender los motivos de esos asesinatos.

—Si no ha sido Lyssiner, alguien quiere cargarle el mochuelo.

—¿Por qué, Chester?

—Por venganza... y para no tener que repartir con nadie el botín. Parece lo más lógico, Sylvia. —Creo que tienes razón, pero a mí se me debe descartar...

—Estoy seguro de que ninguno de los otros seis pensaba ya en este asunto y tú menos que nadie, pero debemos tener presentes todas las eventualidades posibles. Como digo, esta noche me quedaré aquí. Velando.

Sylvia sonrió.

—Ojalá puedas venir una noche sin preocupaciones —deseó.

* * *

La noche era fresca. Ball, prevenido, había llevado un chaquetón con cuello de piel, que se ponía cada vez que salía a hacer su ronda por el jardín.

Ciertamente, Bannister y Hedda habían muerto durante el día, pero no cabía excluir la posibilidad de un ataque nocturno en la residencia de su amiga. El enorme jardín que rodeaba la mansión, por otra parte, podía facilitar las cosas al asesino.

Las horas transcurrieron lentamente. Ball había hecho que se apagasen todas las luces del edificio. Sólo había una pequeña lámpara en el gran salón, cuyas cortinas, por otra parte muy espesas, estaban corridas y no permitían que se filtrase el menor resplandor a través de las ventanas.

Después de tomada la decisión, había telefoneado a su agencia. El guardaespaldas contratado llegaría muy de mañana; entonces, él descansaría un rato y luego regresaría a Londres.

Mientras pasaba por el jardín, sonrió complacido al pensar en el vigilante contratado. El director de la agencia había tenido una buena idea al designar a Perry Mac Lane. Un tipo simpático y emprendedor, Perry, se dijo.

Inició el regreso a la casa. De pronto, le pareció oír un ligero crujido en la gravilla de un sendero cercano.

Instantáneamente, saltó detrás de un enorme abeto. Delante de él, apareció una sombra que se movía con gran cautela.

Sus presentimientos se cumplían. Allí estaba el asesino.

Pero se movía bien, sin impedimentos. La noche, no obstante, le impidió distinguir sus facciones. La corpulencia del sujeto, advirtió, era análoga a la de Lyssiner.

¿Engañaba Lyssiner a todo el mundo, incluida a su hija?

Silenciosamente, avanzó tras el individuo. No le gustaba, no solía hacerlo, pero no le quedaba otro remedio.

Alargó la mano derecha.

—No se mueva o dispararé —amenazó.

El intruso se quedó quieto instantáneamente.

—Ahora entraremos en la casa, señor Lyssiner. —dijo— Yo llamaré a la Policía y...

Ball no pudo continuar hablando. El intruso se revolvió con sorprendente agilidad. Ball titubeó, de lo que se aprovechó el otro para golpearle con algo muy duro.

Una explosión de estrellas rompió la noche ante los ojos de Ball. El intruso repitió su golpe y las estrellas desaparecieron.

Cuando despertó, estaba tendido en un diván y alguien aplicaba a su frente compresas de agua fría.

—¡Chester, Chester!

La voz de Sylvia sonaba muy distante. Ball lanzó un quejido.

—Traigan aspirinas, por favor —pidió ella—. Y también café.

—Sí, señora —contestó alguien.

Sylvia puso una nueva compresa mojada. Ball abrió los ojos.

—Estás viva —sonrió.

—En cambio, yo pensé que estabas muerto. Cuando me avisó el mayordomo y te vi tendido de bruces en el jardín... ¿Qué ha sucedido, Chester?

—Vino el asesino y le detuve, pero me atacó imprevistamente, eso es todo lo que sé. Ni siquiera pude verle la cara —respondió Ball con amargura.

—El caso es que te pongas bien. Tenías dos hermosos bultos en la frente sonrió ella.

—Me pegó a gusto. Calculo que llevaría una matraca forrada o algo por el estilo. Yo quería traerle a la casa, pero fracasé.

—No te preocupes, Chester.

El mayordomo vino con una bandeja. Ball tomó dos tabletas y unos buenos sorbos de café. Entonces se dio cuenta de que hacía rato que era de día.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Ése es Perry Mac Lane —dijo.

—¿El guardaespaldas? —Adivinó Sylvia.

—Sí, así se llama.

Momentos después, Perry Mac Lane entraba en el salón. Era un hombre de unos treinta y cuatro años, de casi dos metros de altura, hombros anchísimos y puños capaces de derribar un tabique en un par de golpes.

—¿Te ha atropellado un coche, Chester? —preguntó el recién llegado.

—Casi —respondió Ball—. Perry, ésta es la señora Endicott. Sylvia, te presento a Perry Mac Lane, el hombre que, a partir de este momento, se va a encargar de tu seguridad.

Sylvia alargó la mano.

—¿Cómo está usted, señor Mac Lane? —saludó, arrobada.

Mac Lane rió alegremente.

—Maravillado, señora —respondió—. De todas las misiones que podían haberme confiado, ésta es la mejor, se lo aseguro.

—Sylvia, no le hagas caso —dijo Ball—. Parece un conquistador, pero, en realidad, es terriblemente tímido.

—Salvo con cierta clase de personas, Chester —declaró Mac Lane—. ¿Quién te ha atacado?

—Supongo que fue el asesino, pero no pude verle la cara.

Mac Lane estaba perfectamente enterado del caso. —¿Crees que pudo ser Lyssiner?— preguntó.

Ball hizo un gesto ambiguo.

—¿Por qué llevar una cachiporra como solo usan cierta clase de tipos de baja estofa? —contestó.

—A veces, resulta útil. Y bien manejada, puede ser mortífera. Pero tú tienes la cabeza muy dura, Chester.

—Tal vez es que él no sabía manejar bien la cachiporra. Sylvia, por favor, si no te importa, me gustaría dormir aquí mismo, en el diván.

—Sí, creo que lo necesitas —convino ella—. ¿Me acompaña, señor Mac Lane?

—Encantadísimo —sonrió el recién llegado.

—Vigila bien, Perry —aconsejó Ball.

—Duerme tranquilo, pequeñín —dijo Mac Lane jovialmente.

Sylvia corrió las cortinas. Ball procuró relajarse.

Cerró los ojos. El dolor cedía gradualmente. Poco a poco, se sintió invadido por una dulce somnolencia. Al final, quedó sumido en un sueño tranquilo y reparador.

CAPÍTULO VI

El hombre que estaba ante Ball, a la noche siguiente, contaba unos cincuenta y tantos años y sus ojos estaban velados por unos párpados pesados, bolsudos, surcados por diminutas venillas violáceas. Mientras Ball exponía sus deseos, Frankie Lack jugaba distraídamente con un sobado mazo de naipes.

—Recuerdo el caso —dijo Lack cuando Ball hubo terminado—. Un asunto de mucha pasta, polizonte.

—Ya no lo soy, Antena.

Lack tenía un apodo harto justificado. Ball lo sabía desde que ingresó en el Yard. Algunos decían que Lack era una central de informes como no había otra en el país. Por ello le habían dado aquel apodo, siempre estaba a la escucha de datos, necesarios para quien pudiera pagar sus informes. Ball sabía, además, que Lack tenía una serie de «empleados», que le pasaban «soplos» casi constantemente.

Era un buen *modus vivendi*, pensó. Pero se extrañaba de sí mismo. ¿Cómo no se le había ocurrido visitar antes a Lack?

—Está bien, lo había olvidado —dijo Antena—. No tengo ahora muchos datos, pero puedo conseguirlos. Ball, para empezar, suelta doscientas.

—No dispongo de tanto dinero en efectivo, Frankie. Te enviaré un cheque...

—Bueno, lo mismo da; no tengo cuentas pendientes con lo justicia, de modo que puedo cobrarlo perfectamente. ¿Qué quieres saber?

—Todo lo que puedas conseguir. —Ball escribió unas cifras en una tarjeta—. Ahí tienes algunos teléfonos ad de puedes llamarme, si la cosa es urgente.

—Está bien. De modo que te interesa el caso de Rubbert Diamond.

—Me he metido en él de lleno. Y ya se han producidos asesinatos, Frankie.

Lack se rascó la mejilla izquierda con el pulgar.

—Alguien hizo trampa —dijo—. Todos estaban acuerdo y sólo uno fue a parar a la cárcel. No me pareció justo.

—Sólo hubo una acusación contra uno y éste no delato a ninguno de sus cómplices.

—Sabía que no le serviría de nada. Pero el que hizo trampa, fue chasqueado a su vez.

—¿Cómo lo sabes?

Lack sonrió maliciosamente.

—He hablado alguna vez del asunto con Thad Pekins. Tenía que haber ganado entre ochenta y noventa mil libras esterlinas, pero se quedó con un palmo de narices.

—¿Fue él quien hizo la trampa?

—No. En su opinión fue Barry Albertson.

Ball asintió.

—Iré a ver si ha regresado ya —dijo—. De lo contrario, tendré que salir de Londres, para hablar con And; Clapham.

—Perkins tampoco se fiaba mucho de Clapham —dijo el confidente.

—Habrá que conocer la opinión de Albertson y Clapham sobre Perkins —dijo Ball, a la vez que se ponía en pie.

En esta ocasión, tuvo suerte. Albertson estaba en casa.

Era un hombre de mediana edad y cabellos grises, un poco amargado, como frustrado por no haber alcanzado el éxito en la vida. Cuando llegó Ball, Albertson tenía en la mano un vaso mediado de licor.

—De modo que hay todavía quien se interesa por ese asunto —dijo, sarcástico.

—Ya ve —sonrió Ball—. A fin de cuentas, alguien se arruinó a causa de aquel robo.

Albertson rió burlonamente.

—El viejo Rubbert, siempre quejándose de todo y de todos —comentó—. Si ahora le diesen todo el dinero que hay en el Banco de Inglaterra, sería capaz de decir que le parecía poco.

—Fue bastante más de un millón de libras, señor Albertson.

—Bah, Rubbert tenía las espaldas bien cubiertas...

—Pero el seguro del envío tenía una póliza muy pequeña.

Albertson volvió a hacer un gesto despectivo.

—Míreme a mí —dijo, a la vez que movía la mano con un gesto circular—. Mire cómo vivo y compare esta pocilga con la mansión de Rubbert. Dígame, sinceramente, quién vive mejor de los dos.

Bill paseó la vista por la estancia, en la que no reinaban precisamente el orden ni la higiene. El sofá estaba deslucido, con un siete en el tapizado, las sillas carecían de brillo, cuando no tenían arañazos en las patas y en el respaldo; había polvo en los muebles, baratos y de pésimo gusto, hasta una de las cortinas tenía un rasgón de más de un metro.

—Mi esposa me dejó plantada cuando Rubbert cerró el negocio y nos dejó a todos en la calle —se lamentó Albertson, mientras iba y venía por la estancia—. Desde entonces, vivo a salto de mata...

Ball se fijó en un estante lleno de botellas. Eran los únicos objetos que no tenían polvo. Las etiquetas y precintos aparecían limpios, como recién salidos de la bodega o de la caja de embalaje.

—Entonces, no trabaja, murmuró.

—¿Quién querría emplear a un contable de casi cincuenta años? —dijo Albertson amargamente—. Hago trabajillos aquí y allá... A mí me gustaría poder llamarme arruinado como Rubbert.

—¿Fue usted quien le avisó del robo?

Albertson se detuvo en seco.

—No —contestó enérgicamente—. Cumplí mi promesa, como todos los demás. Habíamos acordado un secreto absoluto y, en lo que a mí concierne, eso hice. Si alguien le ha dicho que fui un traidor, miente.

Ball se acercó al estante de los licores.

—Señor Albertson, usted dice que anda mal de dinero —sonrió—. Todas estas botellas cuestan un pico. Son de las mejores marcas, según se aprecia a primer vista.

Los ojos de Albertson destellaron coléricamente.

—¿Qué le importa a usted? —gritó, destemplado—. Me gusta el buen licor, eso es todo. La casa es miserable pero no voy a olvidarlo con ginebra de diez peniques e litro.

—Sí, es una opinión. ¿Qué me cuenta de la muerte; de

Bannister y de Hedda?

—No sé nada —respondió Albertson agriamente.

De pronto, fue hacia la mesa situada junto al diván, donde tenía la botella abierta y el vaso, y se sirvió una nueva dosis. Un poco más allá, había una ventana que daba a un patio interior.

Albertson puso un poco de licor y levantó el vaso. En el mismo instante, se oyó un leve ruido de rotura de vidrios, seguido de un horrible chasquido.

Morbosamente fascinado, Ball vio saltar por los aires parte de los huesos del cráneo de Albertson, junto con una explosión de sangre. El antiguo empleado de la Rubbert se mantuvo en pie durante unos segundos y luego se desplomó al suelo, fulminado.

Ball se apartó de un salto, fuera de la línea de tiro del asesino, situado seguramente, calculó, en una ventana del otro lado del edificio, que en aquel punto formaba un pequeño patio interior. Pero ya no hubo más disparos.

Al cabo de unos momentos, se arrodilló junto al cadáver y registró minuciosamente sus bolsillos. Encontró nueve billetes de veinte libras y ello le hizo sentirse muy pensativo.

Alguien había dado dinero a Albertson. Sería conveniente averiguar la identidad de esa persona y los motivos que había tenido para entregar al difunto nada menos que doscientas libras.

—Sí, doscientas, porque al menos se gastó veinte en licor —calculó, mientras buscaba con la vista un teléfono.

Y como no lo había en la casa, decidió que tendría que salir, a fin de informar al Yard de lo ocurrido.

Tenía que hacerlo, porque no quería conflictos con la ley.

* * *

—Hubo un traidor en el grupo —manifestó Ball.

El sarmentoso índice de Lyssiner golpeó el diario en cuya primera plana, aparecía la noticia de la muerte de Albertson.

—Lo dije, fue ella, Luisa Bright, ahora Sylvia Endicott —gruñó.

Ball meneó la cabeza. Luego aceptó la taza de té que le tendía Gwen y le dio las gracias.

—Sylvia no fue traidora. Creo que fue Albertson —dijo.

—¿Por qué lo cree?

—Vivía miserablemente, incluso la mujer le había abandonado. Pero acababa de comprarse una buena colección de botellas de marca. Y tenía ciento ochenta libras en los bolsillos.

—¿Significa eso algo?

—Significa que estuvo visitando a Rubbert. Gwen lanzó una exclamación.

—Albertson era el mejor amigo que papá tenía en la oficina —exclamó, sorprendida.

—¿Es cierto, señor Lyssiner?

—Sí —admitió el enfermo.

—¿Estuvo alguna vez en esta casa?

—No, no tuvo tiempo. Yo le había invitado, a él y a su mujer, claro, pero la visita se fue posponiendo... y luego ya no hubo tiempo.

—Señor Lyssiner, aunque usted no lo crea, alguien conocía el secreto de la chimenea —dijo Ball.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Yo mismo construí ese escondite. Incluso quité la repisa anterior y puse una nueva. Esa chimenea es de adorno y no se usa nunca. La repisa es de madera estucada. A mí me gustaban los trabajos caseros, ¿comprende?

—Eso significa que estuvo preparando el escondite durante semanas antes del robo.

—Claro. Había que dejar pasar un tiempo prudencial antes de iniciar la venía. Esta chimenea era el sitio más seguro.

Ball movió la cabeza.

—Usted se equivocó —dijo.

—Sí —convino Lyssiner sin pestañear.

—Dígame una cosa, ¿quién le facilitó la dirección de Phyle?

—Había tenido negocio con Rubbert en un par de ocasiones. Ya pude darme cuenta de la clase de pájaro que era. Le tanteé discretamente... y aceptó.

—Ahora está retirado de esos negocios.

—No me interesa. Y, señor Ball, yo no soy un asesino. Lo único que quiero es que me dejen en paz.

—Empezaré ahora mismo —sonrió el joven, a la vez que se ponía en pie.

Gwen salió con él hasta el jardín.

—Esto no me gusta —dijo la muchacha, con acento pesimista.

—Me lo imagino —contestó él.

—Todo el mundo pensará ahora que es una venganza de mi padre...

—¿Por qué tenía que vengarse? Ninguno de ellos le hizo daño, salvo, en todo caso, Albertson, si es cierto que fue un traidor.

—O puede que piensen que él tiene los diamante y el platino y no quiere repartir el botín con sus antiguos compañeros.

—Con no darles un penique, asunto concluido, ¿no le parece?

—Alguien se aprovechó de mi padre hace ocho años y ahora vuelve a aprovecharse, señor Ball...

—Llámeme Chester, Gwen —sonrió el joven.

—Sí, como guste. Pero el autor de esos crímenes, piensa que hay una persona ideal para cargar con las culpas. Por cierto, ¿no pudo usted ver al asesino?

Ball hizo un gesto con la cabeza.

—Disparó desde la casa contigua, cuya entrada da a otra calle. Aunque yo hubiera echado a correr de inmediato, ya no habría llegado —respondió.

—Pero los vecinos verían a alguien...

—Ni antes ni después del crimen se vio a ninguna persona extraña —respondió él—. Tampoco se vio arrancar un automóvil a toda velocidad, ni tan siquiera una motocicleta.

—Entonces, el asesino se quedó en la casa —exclamó ella, vivamente sorprendida.

Ball sonrió amargamente.

—Cuando la Policía llegó a esa conclusión, era ya muy entrada la noche —manifestó—. En los primeros momentos, se dedicaron a buscar huellas, en el piso donde se situó el asesino, sin encontrar nada, por supuesto. Luego, cuando cayeron en la cuenta de que el asesino podía haberse ocultado en la misma casa... era casi media noche, pero ya había cesado la vigilancia policial y el asesino tuvo tiempo sobrado de escapar, amparado en la oscuridad.

—Un tipo listo y con nervios de acero —comentó Gwen.

—No cabe la menor duda. Tendré que volver a ese piso, para ver si localizo el sitio donde se escondió. Pero ahora no puedo; voy a visitar nuevamente a los Rubbert.

—¿Piensa conseguir algo, Chester?

—Por lo menos, observaré sus reacciones —contestó él.

Gwen le tendió la mano espontáneamente.

—Vuelva pronto —sonrió.

—Lo antes que pueda, se lo prometo.

Ball subió a su coche. Gwen estaba todavía en la puerta y agitó su mano en señal de despedida. Ella, sonriente, hizo un gesto análogo.

Luego, Gwen entró en la casa. Su padre la miró, malicioso.

—Te gusta ese muchacho —dijo. Ella se sonrojó vivamente.

—Pertenece a mundos distintos —contestó—. Te equivocas, muchacha; él es un hombre y tú una mujer, ésa es toda la diferencia que hay entre ambos.

Gwen suspiró.

—Ni siquiera me he planteado todavía el problema de mis sentimientos hacia el señor Ball —declaró llanamente—. A fin de cuentas, nos hemos visto muy pocas veces.

—En ocasiones, con una sola vez que se vea a una persona, es suficiente, hija.

—Quizá tengas razón, pero hablar de esto es todavía, más que prematuro, absurdo —respondió la muchacha, mientras se disponía a recoger el servicio de té.

CAPÍTULO VII

La voz salió muy del interior de la casa, como respuesta a la llamada del visitante:

—¡Está abierto! ¡Pase!

Ball empujó la puerta, extrañado de las pocas precauciones que se observaban en los habitantes del edificio. La misma voz, de mujer, añadió:

—Por aquí, siga la flecha.

Ball arqueó las cejas. Diana Rubbert, en medio de todo, no dejaba de tener humor.

Llegó a la puerta de un saloncito y vio una pierna en posición vertical, alzada hacia el techo, asomando por encima del respaldo de un diván. Dos manos estiraron al media negra y la sujetaron a las pinzas del portaligas.

—¿Le gusta? —preguntó Diana, oculta todavía por el diván.

—Es una casa muy bonita —respondió él.

—Me refería a la pierna. —También.

Diana lanzó una carcajada. Cogió la otra media y empezó a ponérsela.

Ball pasó al otro lado del diván. Ella, imperturbable, continuó su tarea.

—Mirar es gratis —dijo Diana, irónica.

—No miro, admiro, lo cual es muy distinto.

—¿Son bonitas?

—Preciosas.

—Celebro que le gusten, Chester.

Diana terminó de ponerse la otra media y se levantó, metiendo sucesivamente los dos pies en los zapatos que había junto al diván.

—Estoy lista —dijo, mirándole maliciosamente.

—Entonces, ¿puedo empezar a preguntar?

—Sí.

—Tengo la boca seca, Diana.

—Allí hay jerez.

Ball miró de reojo a la joven. Diana se estiró maquinalmente la falda, muy ajustada a sus rotundas caderas. Luego, inspiró con fuerza.

—Por lo visto, no tienes miedo a los ladrones —dijo, al entregarle una copa.

—Aquí no hay nada que valga la pena —contestó ella.

—Tú, por ejemplo.

—A mí no me robarían, Chester —rió Diana.

—Te asaltarían.

—Según quien lo intentase, lo permitiría.

—Y, ¿qué diría tu primo Louis?

—Yo no me meto en sus conquistas, Chester.

—Tenía entendido que iba a ser tu esposo.

—El parentesco es demasiado próximo. No quiero desgracias futuras.

—Haces bien. Y hablando de todo un poco, ¿dónde está tu padre?

—Ha tenido que ir a Londres. Le llamaron del Yard.

—Seguramente, por algo relacionado con la muerte de Albertson.

—Sí.

—¿Ha ido tu primo con él?

—Tenía que conducir el coche. Mi padre se siente nervioso con el tráfico de las calles de Londres.

—Un «Rolls», sin duda. Diana se echó a reír.

—No te burles —dijo—. Un «Austin» tipo taxi y de hace cinco años. Pero tú no has venido aquí para hablar de coches.

—No. ¿Qué dijo Albertson?

—¿Cómo sabes que estuvo aquí?

—Lo admites.

—Sí, estuvo.

—¿Y bien?

—No es la primera vez. Vino a pedir dinero. Mi padre lo envió al diablo. Aparte de que no le gustan los pedigüños, no estamos en

condiciones de dar dinero a nadie.

Ball miró a su alrededor. La decoración de la casa no podía compararse ni remotamente con la de Sylvia Endicott, pero tampoco indicaba la ruina en la que los Rubbert aseguraban hallarse.

—Entonces, Albertson se marchó de aquí, con las manos vacías —dijo.

—Exacto.

—Diana, tú sabías que yo iba a venir.

—Te vi de lejos —contestó ella, sonriendo maliciosamente.

—Y por eso dejaste la puerta abierta.

—¿Te ha disgustado?

De pronto, ella dejó la copa a un lado, se acercó al visitante y se colgó de su cuello.

—¿No me encuentras atractiva? —murmuró.

Ball la besó suavemente en una mejilla y rompió el contacto.

—Muchísimo —dijo—. Pero ahora tengo trabajo.

—Tonto —le apostrofó Diana.

Ball se volvió desde la puerta y sonrió.

—Hay un tiempo para el trabajo y otro para la diversión. Siento no poder quedarme, preciosa —se despidió.

Al menos, se dijo, mientras volvía al coche, era cierto que Albertson había estado en la casa y, conociendo medianamente al viejo Rubbert, era de suponer que se hubiese negado rotundamente a darle dinero. Pero si Rubbert no había sido, ¿quién, entonces, había dado doscientas libras al hombre asesinado?

Consultó el reloj. Era ya tarde para ir a ver a Clapham, quien vivía demasiado lejos de Londres. Tendría que posponerlo para el día siguiente.

Entretanto, pensó, no necesitaba volver a su casa. La de Sylvia estaba más cerca y ella le daría hospedaje por aquella noche.

* * *

—Le he preparado una copa, Perry —dijo Sylvia.

Mac Lane estaba sentado en un diván, con una revista en las manos, y se puso en pie inmediatamente.

—Se lo agradezco infinito, señora Endicott —contestó.

Ella sonrió suavemente.

—Usted es muy amigo de Chester —dijo, ya erguida.

—Bastante, es un muchacho estupendo.

—Yo también lo consideraré así siempre. Por eso le llamé, cuando... Bueno, Perry, usted ya conoce mi problema.

—Señora, le aseguro que no existe tal problema —dijo Mac Lane—. Nadie le causará el menor daño.

Un cristal de la ventana resonó de pronto con musical tintineo. Sylvia lanzó un quejido, se llevó la mano al costado izquierdo y cayó al suelo.

Mac Lane se lanzó inmediatamente sobre la alfombra, junto a la joven. Sylvia se quejaba sordamente.

—No se mueva —ordenó él.

Sacó un pañuelo y lo puso sobre el costado alcanzado por el proyectil. Luego, con grandes precauciones, se arrodilló y miró por encima del antepecho de la ventana.

A unos doscientos metros, había una pequeña loma, cuya cresta sobresalía visualmente de la tapia que contorneaba el jardín. Había abundancia de árboles, tras los cuales o bien en alguna de las copas, un tirador podía emboscarse sin la menor dificultad.

Mac Lane se dijo que ya no llegaría a tiempo de alcanzar al asesino. Éste debía de estar prevenido y, seguramente, tenía su coche al otro lado de la loma, donde sabía había un camino. Antes de que llegase a la cima, el tirador habría tenido tiempo más que sobrado para escapar.

Sylvia continuaba en el suelo. Mac Lane volvió junto a ella, sacó una navaja y rasgó las telas del vestido y de la ropa interior.

Sonrió.

—Le escocerá un poco, pero eso es todo, señora, —dijo. La bala ha rozado solamente su costado izquierdo.

—Sangra mucho...

—Eso no tiene importancia. —Mac Lane aplicó el pañuelo sobre la herida—. Siga como está; voy al baño a por elementos de cura.

Después de incorporarse, puso un almohadón bajo la cabeza de Sylvia. Corrió al baño y regresó a los pocos momentos.

—Este verano, se le notará la cicatriz un poco; quizá tenga que usar traje de baño completo —dijo jovialmente—. Al año que viene ya podrá ponerse el «dos piezas».

—Me gusta su humor —contestó Sylvia—. Pero ¿se da cuenta de que han estado a punto de matarme?

—Lo intentaron, no hay por qué negarlo.

—Pero han fallado.

—Afortunadamente.

—No he oído ningún disparo, Perry.

—El asesino, seguramente, usó silenciador. Naturalmente, dada la distancia, empleó un fusil, con mira telescópica.

—Esas armas son infalibles —se estremeció ella.

—No crea. Es preciso entrenarse mucho. Hay doscientos metros y, por muy bueno que sea el visor, se necesita haber disparado cientos de cartuchos para conseguir una puntería poco menos que perfecta.

—Entonces, el asesino no está entrenado...

—No es un profesional, de lo contrario, no estaríamos hablando usted y yo ahora. De todos modos, le anduvo cerca.

De pronto, se abrió la puerta de la sala. Ball vio el espectáculo y se quedó pasmado.

—Pero, Perry, Sylvia... Mac Lane sonrió de buen humor.

—Entra, entra, Chester —dijo—. Llegas justo a tiempo de presenciar mis habilidades como cirujano de campaña.

Ball avanzó unos pasos. Entonces vio en el cristal el agujero causado por el proyectil y lo comprendió todo. —Han intentado asesinarla— dijo.

—Sí, un fusil, silenciador, mira telescópica y todo lo que quieras.

—Perry, ¿ha caído Sylvia al suelo o le ordenaste que se tumbara?

—No —contestó la interesada—, yo me caí al sentir la quemadura del proyectil. Fue un ligero desfallecimiento...

Ball se acercó a la ventana y corrió las cortinas.

—Si el asesino ha visto que te caías, creerá que has muerto —dijo—. Vamos a dejar que siga creyéndolo.

Mac Lane respingó.

—Chester, ¿qué es lo que te propones? —inquirió.

—Engañar al asesino, para que no intente repetir su golpe, acaso con mejor fortuna en la próxima ocasión —explicó Ball sucintamente.

La joven enlutada sacó un pañolito y se enjugó unas lágrimas.

—Pobre muchacha —suspiró.

El ataúd fue bajado a la sepultura. El clérigo recitó sus últimas oraciones y luego arrojó un puñado de tierra. Ball se adelantó y le imitó, lo mismo que Perry Mac Lane.

La joven enlutada lanzó también un puñado de tierra.

—Pobre Sylvia —dijo.

Ball se acercó a ella.

—No me imaginé verte en esta fúnebre ceremonia, Diana —manifestó.

—Nos conocimos durante poco tiempo, es cierto, y han pasado ya ocho años desde entonces, pero Sylvia y yo habíamos congeniado bastante, a pesar de que era algo mayor que yo. Me pareció conveniente venir a rendirle un último tributo.

—Has hecho bien. Gracias, Diana.

Ella le tendió una mano enguantada en negro.

—Ven a verme otro día, Chester —invitó.

—Iré —prometió el.

Diana se marchó. Había otra joven presente en la ceremonia.

—¿Por qué ha venido, Gwen? —preguntó Ball.

La muchacha le miró largamente. —¿Hasta cuándo va a durar esta matanza?— exclamó.

—Lo siento. Traté de evitarlo, pero no calculamos que el asesino podía apostarse en lo alto de la colina cercana, con un fusil de caza. Ya una vez me había atacado en el jardín y pensamos que, de repetir la intentona, lo haría en el interior de la casa.

—La Policía sigue sospechando de mi padre. Son unas sospechas absolutamente injustificadas.

—Créame que lo lamento, Gwen...

Ella le dejó con la palabra en la boca. Giró rápidamente sobre sus talones y se alejó con paso vivo.

Ball se quedó muy sorprendido por la inesperada actitud de la muchacha. De pronto, un hombre se le acercó y, sin más rodeos, dijo:

—Soy Andy Clapham, señor Ball.

Ball aguardó a que el tabernero de la vecina aldea hubiera servido las jarras de cerveza solicitadas. Mientras, estudiaba a Clapham, un hombre de unos cuarenta años y aspecto vulgar, aunque cuidadoso de su persona y de su indumentaria. Clapham usaba gafas, de cristales bastante gruesos, con montura negra.

—También yo tengo miedo, señor Ball —confesó Clapham, después del primer trago de cerveza—. Francamente, éste es un asunto que ya creía olvidado por completo. La prueba de ello, y usted la puede obtener cuando crea conveniente, es que no me he puesto en comunicación con Lyssiner después de que salió de la cárcel. Ni le llamé por teléfono ni le he escrito ni mucho menos he ido a visitarle. En suma, no quiero saber nada de este asunto.

—Le creo —dijo Ball—. Pero no podemos olvidar que, hace ocho años, siete personas se pusieron de acuerdo para robar más de un millón de libras esterlinas.

—Ocho personas —corrigió Clapham sorprendentemente.

—¿Ocho? Yo sólo sé de siete... ¿Quién es la octava?

Clapham sonrió de un modo singular.

—Le dejaré atónito —contestó—. La octava persona era nada menos que la propia hija, de Rubbert.

—Diana —exclamó Ball.

—Sí, justamente.

—Sé que había entrado a trabajar poco antes...

—Se aburría, me dijo.

Ball entornó los ojos.

—Empiezo a comprender —murmuró.

—A Diana no se le puede anteponer el calificativo de casta bajo ningún concepto —dijo Clapham mordazmente—. Lo siento, pero entonces yo tenía ocho años menos... y nunca he desdeñado una aventurilla, cuando me ha salido al paso y sin demasiadas dificultades.

—Sí, por lo que sé, no tuvo que encontrar muchos obstáculos —convino Ball, sonriendo—. ¿Duró mucho el romance?

—Algunos meses. Luego se produjo la explosión, usted ya sabe a qué me refiero.

—Bien, pero usted trata de decirme que Diana estaba de

acuerdo.

—Sí, aunque no lo sabía nadie más que yo. Diana y yo quedamos en que, cuando todo se hubiera resuelto favorablemente, para nosotros, claro, reclamaríamos su parte.

—Una octava parte, señor Clapham.

—Justamente. Entonces, Diana y yo habríamos abandonado el país..., pero creo que se burló de mí y fue con el cuento a su padre.

—Andy, ¿cómo pudo confiar tanto en Diana?

—Ella echaba pestes continuamente de su padre y del dinero que éste ganaba y del que ella no veía apenas un penique. Más de una vez me dijo: «Tengo que darle una buena lección a ese vejestorio roñoso»... y esto es lo más suave que solía decir de su propio padre. Y como yo veía que Rubbert la gritaba y reprendía como si no fuera su propia hija, pues... piqué y me comí todo el cebo. ¿Lo entiende ahora?

—Es preciso reconocer que Diana es una hermosa mujer —dijo Ball—. Pero ¿cree usted que pudo ponerse de acuerdo con su padre?

—¿Quién sabe? Nosotros nos quedamos sin el botín y Rubbert pudo cerrar el negocio, sin tantas pérdidas como asegura. Lo único cierto es que hicimos el más espantoso ridículo, aunque quien más perdió fue Lyssiner, que acabó en presidio.

—Lo que usted me ha dicho es muy interesante, Andy. ¿Piensa que fue el propio Rubbert cómplice de un robo contra sí mismo, del cual fue exclusivo beneficiario?

—No me extrañaría en absoluto, señor Ball.

—Pero, entonces, estos asesinatos...

—Está claro; quieren cargarlos sobre las espaldas de Lyssiner, de modo que se crea que no quiere repartir el botín con nadie. Pero Lyssiner, estoy seguro, no tiene en su poder ni un gramo de platino ni un quilate de diamante.

Clapham se puso en pie.

—Ahora estoy casado y quiero olvidar aquella época —respondió—. Soy un hombre feliz, señor Ball.

—Lo celebro infinito, Andy —sonrió el joven.

—Pero ello no importa para que tenga miedo, muchísimo miedo.

—Pida protección a la Policía...

Clapham meneó la cabeza.

—Si el asesino quiere encontrarme, lo conseguirá —respondió

sombríamente.

CAPÍTULO VIII

—Has tardado mucho —se quejó Mac Lane.

Lo siento, me entretuve con Clapham. ¿Cómo está Sylvia?

—Bien, la herida está sanando sin complicaciones, pero se siente molesta por tener que estar encerrada en una habitación...

—Haz que pasee a la noche por el jardín, cuando no haya peligro de que sea vista. De momento, conviene que se siga creyendo que ha muerto.

—Tú sabes lo que haces, Chester —dijo Mac Lane—. De todos modos, es una misión que me gusta.

Ball palmeó el hombro de su amigo.

—Es una mujer guapísima —contestó—. Salúdala en mi nombre y dile que espero que pronto pueda pasearse a la luz del día.

—¿Adónde vas ahora, Chester?

—Vuelvo a Londres. Quiero examinar el piso donde se situó el tipo que mató a Albertson.

—Entiendo. Suerte, muchacho.

Ball echó a andar, pero se volvió antes de llegar a la puerta.

—A propósito, ¿has encontrado rastros junto al árbol? —preguntó.

—Me he arrastrado por toda la loma. Ni siquiera he encontrado la vaina del cartucho usado —repuso Mac Lane—. No vi huellas de pisadas, ni una colilla, lo que habría indicado espera por parte del tirador.

—Indudablemente, supo hacerlo bien, salvo en lo tocante a puntería —sonrió Ball—. Adiós, Perry.

Una hora más tarde, Ball enseñaba un par de billetes de una libra a un individuo de cara grasienta y ojos codiciosos.

—Usted no quiere alquilar ese piso —dijo el conserje del

edificio. Ball sonrió.

—Tiene usted una vista excepcional —contestó—. Pero sí querría echarle un vistazo.

—Claro, ahí tiene la llave.

Ball subió a la tercera planta y abrió una puerta. El piso estaba vacío por completo. Ni siquiera había muebles.

La limpieza del suelo, por el contrario, resultaba sorprendente. Ball calculó que el asesino lo habría barrido del polvo que había, a fin de limpiar sus pisadas. Pero el criminal no había escapado después del crimen, sino que se había escondido hasta bien entrada la noche.

¿Cuál era el escondite?

Paso a paso, fue recorriendo todas las habitaciones. Abrió los armarios; la Policía ya lo había hecho antes que él.

¿El cuarto de baño?

Estaba en pésimas condiciones. Allí no se podía esconder nadie.

Golpeó el suelo con los tacones. No había ningún hueco bajo el pavimento.

Y, sin embargo, el asesino había tenido la suficiente presencia de ánimo para permanecer largas horas en la casa. ¿Dónde había estado?

De pronto, se detuvo en el pasillo que comunicaba dos de las habitaciones. Tenía una longitud cercana a los dos metros. Una de las paredes debía de corresponder a un tramo de escalera.

¿Y la otra?

Tocó con los nudillos. Debajo del papel floreado, en el que se notaba claramente el paso de los años, sonó a hueco.

—Está claro —murmuró—. La Policía buscó huellas, pero no a un asesino del que se suponía había abandonado ya el edificio.

Continuó tanteando aquella pared del pequeño pasillo. De pronto, encontró un pequeño resalte bajo el papel. Apretó y una angosta puertecita giró a un lado, dejando ver un hueco de techo inclinado, el cual debía de corresponder a otro tramo de escalera. El edificio era viejísimo y ello explicaba la singular disposición de sus habitaciones.

Había un hecho indiscutible. El asesino había planeado largamente su crimen. Ello le había permitido instalarse allí, sin la menor dificultad. Pero ¿qué beneficio esperaba obtener de los

asesinatos?

Cerró la puertecita nuevamente y abandonó el departamento, para devolver la llave al conserje.

—Ese piso está desalquilado desde hace tiempo —dijo.

—Oh, no, en absoluto: lo que sucede es que no lo habitan. Pero el alquiler es pagado puntualmente.

—¿Quién lo paga? —se sorprendió Ball.

El conserje se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. A mí me llega el dinero por correo y yo lo entrego al propietario.

—Comprendo. Por favor, ¿puede decirme el nombre del propietario?

—No hay inconveniente. Se llama Jackson Phyle.

* * *

—Usted es propietario del piso donde hace pocos días se cometió un crimen —dijo Ball al día siguiente.

Jackson Phyle se reclinó en su sillón y juntó las yemas de los dedos.

—A decir verdad, soy propietario del bloque —contestó—. No me rinde demasiado, lo confieso, pero hay líos legales y no puedo derribarlo para construir uno nuevo.

—De modo que, de comprador de objetos robados, se ha convertido en propietario de viviendas.

—Una profesión como otra cualquiera, ¿no le parece?

—Indudablemente. ¿Quién le alquiló el piso desde donde disparó el asesino del Albertson?

—Se llama Bart Mainwaring, es todo lo que sé, No ha ocupado el piso, pero si lo paga puntualmente, ¿qué más me da?

—De modo que Mainwaring.

—Sí.

—¿Dio su otro domicilio?

—No.

—¿Por qué? Me parece que debería figurar en el contrato...

Phyle soltó una risita.

—Ball, usted no conoce a mis inquilinos —declaró—. La mitad de ellos no usan su nombre auténtico y no hay dos parejas siquiera

que estén legalmente casadas, de las muchachas que viven en el bloque. Bart Mainwaring vino, dijo que el conserje le había enseñado el piso y que le gustaba. Firmó un contrato y eso es todo. Si lo ocupa o no, es cosa suya, mientras pague. Y hasta ahora no ha fallado.

—¿Qué aspecto tiene Mainwaring?

—Oh, yo diría que entre treinta y cinco y cuarenta años, rostro normal, pelo castaño... y usaba lentes de gruesa montura negra.

Ball pensó inmediatamente en Clapham. Pero éste había declarado que no quería saber nada más del asunto. Ciertamente, la descripción de Phyle podía corresponder a cientos de individuos, se dijo.

—De modo que le envía el dinero del alquiler por correo —dijo.

—Sí, en un sobre. El conserje lo abre, comprueba el importe y me lo trae, junto con los de otros pisos.

—¿Ha visto alguna vez uno de esos sobres?

—No, nunca, aunque me parece que la dirección está escrita a máquina. Dentro del sobre, aparte de los billetes, hay una nota que indica es el importe del alquiler y eso es todo.

—Es decir, el conserje destruye el sobre y la nota.

—Supongo que sí. Una vez que yo recibo el dinero...

—Ya, lo demás no importa —suspiró Ball—. Gracias por todo, señor Phyle.

—A su disposición siempre, ya lo sabe.

Phyle era un tipo escurridizo y sabía más de lo que aparentaba, pensó, Ball, mientras abandonaba el despacho.

El inquilino del piso debía de usar nombre falso, calculó. Pero era un domicilio preparado, evidentemente, desde hacía meses.

¿Lo había hecho Gwen Lyssiner?

A Ball no le parecía una mujer capaz de tomar venganza en un caso semejante, pero era una posibilidad que tampoco debía descartar.

De pronto, se le ocurrió una idea. Buscó una cabina telefónica, consultó su agenda y puso en la ranura las monedas suficientes. Momentos después, oía una voz de hombre:

—Residencia Rubbert. ¿Qué desea?

—Por favor, quiero hablar con la señorita Rubbert.

—¿Quién es usted?

La voz era poco amistosa. «Melville», adivinó el joven.

—Se lo diré a ella personalmente —contestó con sequedad.

Al otro lado de la línea, se oyó un bufido. Poco después, aunque algo alejado del teléfono, Ball oyó de nuevo a Melville:

—¿Te dedicas a hacer conquistas callejeras, prima?

—Tengo motivos para que los hombres se fijen en mí, ¿verdad? —contestó Diana, burlona—. En cambio, a ti no te miraría ni la mujer de gustos más modestos... Oiga, ¿quién es? —preguntó ella súbitamente.

—Ten cuidado, preciosa, no quiero que tu primo sepa que soy yo. Chester Ball.

—¡Oh! —dijo Diana.

—Ven mañana por la tarde a mi departamento... a tomar el té. Iría yo a tu casa, pero la encuentro un poco lúgubre y vigilada, además, por dos perros de presa.

Ella rió estruendosamente.

—Eso sí es cierto, tú —contestó.

—Mi dirección es...

Ball colgó el teléfono instantes más tarde. Valía la pena una entrevista a solas con Diana. Con un poco de zalamería y un par de copas, podía obtener muy buenos resultados.

* * *

Gwen arqueó las cejas al reconocer a su visitante.

—¿Usted otra vez? —Pareció lamentarse.

—Molesto, ¿verdad?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Entre —invitó lacónicamente.

Ball cruzó la puerta. No había nadie más que ellos dos en la sala.

—¿Dónde está su padre? —preguntó.

—A estas horas, duerme un poco de siesta. No tiene nada que hacer —contestó Gwen.

—En tal caso, esperaré.

—¿Por qué no me lo dice a mí? Ahora, mi padre ya no tiene secretos conmigo.

—Lo siento, prefiero hacerle a él las preguntas personalmente. Y, hablando de todo un poco —dijo Ball, con su mejor sonrisa—,

¿no tiene por ahí una taza de café?

—Voy a calentar el agua —respondió Gwen, displicente.

Ball quedó solo en la pieza. Encendió un cigarrillo y luego, lentamente, se acercó a la chimenea.

Estudió las molduras de la repisa. Luego, de pronto, empujó hacia arriba.

El hueco quedó al descubierto. En el mismo instante, sonó una voz:

—Es inútil —dijo Lyssiner—. El paquete desapareció antes de que me detuviera la Policía.

Ball se volvió hacia el dueño de la casa.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Absolutamente. Usted mismo pudo verlo el otro día...

—Entonces, ¿qué es esto?

Ball metió la mano en el hueco y sacó un paquete, cuidadosamente embalado y precintado con varios sellos de lacre, del tamaño de dos cajas de habanos juntas.

Los ojos de Lyssiner se dilataron por el asombro.

—El paquete...

Ball sonrió.

—Lo siento mucho, pero creo que voy a verme obligado a llamar a Scotland Yard, señor Lyssiner.

—¡Usted no hará eso! —gritó el enfermo—. Alguien ha puesto ahí ese paquete; le juro que desapareció antes de que me detuvieran.

Gwen entraba en aquellos momentos, con una bandeja en la mano y vio el paquete. Su cara tomó en el acto un tinte ceniciento.

—Dios mío —murmuró, a media voz.

Ball se acercó al teléfono y dejó el paquete sobre una mesita. Lyssiner hizo girar las ruedas de su silla de enfermo.

—¡Espere un momento! —dijo.

El joven le miró inquisitivamente.

—Parece el paquete que nosotros preparamos hace ocho años, pero no lo es —aseguró Lyssiner.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ball.

—Mire, el papel está casi nuevo, y lo mismo la cuerda que lo sujeta... Esos sellos de lacre han sido puestos recientemente. Aunque estuviese intacto, después de ocho años, ¿no cree que el

papel y los demás Elementos tendrían otro aspecto?

Ball hizo un gesto de asentimiento.

—Pero, entonces, ¿quién ha dejado este paquete aquí? —preguntó.

—No hay más que una respuesta; el mismo que se lo llevó hace ocho años —exclamó Gwen.

—Oiga, no irá a decirme ahora que ese tipo está arrepentido...

—Chester, ¿sabe cómo murió Bannister? —Sí, una bomba...

—Algunos testigos dijeron que le vieron recoger una caja en uno de los armarios para viajeros, de la estación de autobuses de Halfton Mili.

Ball contuvo el aliento. Sintió que se le ponían los pelos de punta. Había estado tentado de rasgar los precintos y ver el contenido de la caja...

—Una bomba —repitió.

—Será mejor que entregue ese paquete a la policía y que lo examinen los expertos en bombas —aconsejó Gwen.

—Es fácil entrar en esta casa por la noche —intervino Lyssiner—. Tanto Gwen como yo dormimos en el piso superior. Cualquiera podría entrar, sin que nosotros lo oyéramos, a poco cuidado que pusiera.

—Debiéramos haber comprado un perro, pero lo hemos ido demorando —añadió la muchacha.

—Está bien, llevaré la caja a la policía, pero antes quiero hacerle un par de preguntas, señor Lyssiner.

—Sí —accedió el ex presidiario.

—Después de que usted fue condenado, se puso en contacto con sus cómplices y dijo que, cuando saliera, repartiría el botín. ¿Cómo lo hizo?

—De ninguna manera; sencillamente, no prometí nada de eso, porque no podía cumplirlo.

—Entonces, alguien lo hizo por usted.

—Indiscutible, ¿no?

—Según su punto de vista, claro. Otra cosa, señor Lyssiner. Cuando hicieron el cambio, ¿quién le pasó al des pachó de Rubbert la caja que sólo contenía guijarros y que ya había sido preparada de antemano?

—Perkins.

Ball sonrió.

—Es todo lo que necesitaba saber —contestó, a la vez que, con la caja bajo el brazo, se dirigía hacia la puerta.

Gwen corrió tras él.

—Tenga cuidado, Chester —suplicó.

Ball fijó la vista en su bella interlocutora.

—Es usted una muchacha encantadora y tengo el pro pósito de visitarla con mucha frecuencia, claro que por motivos muy diferentes y menos desagradables —manifestó.

Ella enrojció vivamente, pero, desconcertada, no acertó a contestar palabra. Cuando quiso darse cuenta, Ball arrancaba ya con el coche.

CAPÍTULO IX

El hombre parecía caminar con ciertas dificultades, ya que necesitaba el apoyo de un bastón. Entró en la casa y utilizó el ascensor para, llegar solamente a la tercera planta.

Una vez en el pasillo, recorrió las distintas puertas, hasta dar con una en la que, en una chapita de metal dorado, aparecía el nombre del ocupante: «T. Perkins». Tocó el timbre con el puño del bastón y esperó.

El corredor estaba desierto en aquel momento. Perkins abrió al cabo de unos momentos, vestido con una bata y con los cabellos revueltos, maldiciendo en su fuero interno al inoportuno que le obligaba a levantarse a las siete y media de la mañana.

—¿Qué dese...?

Perkins no pudo seguir hablando. Delante de él, algo chasqueó sordamente. Un negro orificio apareció bajo su ojo izquierdo.

Durante unos segundos, Perkins se mantuvo erguido. El bastón lo empujó hacia adentro y cayó de espaldas, perneando convulsivamente. Luego, el asesino alargó la mano enguantada y tiró de la puerta, dejándola nuevamente cerrada.

Volvió al ascensor. El conserje de la casa le vio de espaldas, cuando ya salía a la calle, pero no concedió la menor importancia a aquel individuo que caminaba dificultosamente. Había demasiados inquilinos en el edificio.

Dos horas más tarde, llegó Ball.

—Voy al departamento del señor Perkins —anunció al conserje.

—Está bien, señor.

Ball bajó un par de minutos más tarde. —Será mejor que llame a la policía— dijo—. El señor Perkins ha sido asesinado.

Llamaron a la puerta. Ball cruzó el salón y abrió.

—Eres puntual —dijo.

Diana Rubbert se quitó las grandes gafas oscuras que eran como una especie de máscara.

—No tenía motivos para retrasarme —contestó.

Ball tomó su mano y la condujo a un diván. Ella se sentó, con un fascinante despliegue de sus extremidades inferiores, cuidadosamente enfundadas en seda negra.

La falda era muy corta y ajustada. Ball se inclinó hacia Diana, con un cigarrillo y un encendedor en las manos.

—Ahora prepararé algo de beber —dijo.

Ella aspiró el humo.

—Tenía entendido que me invitabas a tomar el té —sonrió.

—Lo que prefieras, no quiero obligarte a tomar nada contra tu voluntad.

Diana movió la mano izquierda.

—Ahora no quiero beber —dijo—. Ven, siéntate a mi lado.

Ball obedeció.

—¿Han dicho algo los perros de presa?

Ella lanzó una ruidosa carcajada.

—Mi primo se enojó un poco, pero le envié al diablo —contestó.

—¿Y tu padre?

—Hace ya tiempo que no le hago caso. Cuando grita, callo; es bueno que se desahogue. Pero tengo ya Veinti... siete años y me parece que puedo disponer libremente de mí misma.

—¿Y yo?

—¿Qué quieres decir?

—Que si puedo disponer también de ti.

Diana le miró provocativamente.

—Inténtalo —le desafió.

Ball alargó la mano y le quitó el cigarrillo. Rodeó el talle femenino con ambos brazos y buscó sus labios. Diana correspondió volcánicamente, con ardoroso frenesí.

Ball preparó dos copas mucho más tarde, mientras Diana se cepillaba el pelo, ante el espejo del baño. —¿Te has enterado?— preguntó. —¿De qué, cariño?

—Perkins. Le han pegado un tiro. Esta mañana, a las siete y media, más o menos.

Diana dejó el cepillo a un lado.

—No he leído los diarios —manifestó.

—Yo encontré el cadáver —dijo Ball.

—Debió de ser horrible...

—Imagínate. La bala le entró por debajo del ojo izquierdo y levantó toda la tapa posterior del cráneo...

—¡Por favor, me dan náuseas! —gritó ella, descompuesta.

Ball le entregó la copa.

—Bebe, estás muy pálida —dijo.

—A la fuerza. Esa noticia me ha dejado sin una gota de sangre en las venas. Lyssiner es un tipo sanguinario.

—¿Por qué lo dices?

—Hombre, salta a la vista. Ya ha matado a cinco de sus cómplices... Sólo falta Clapham.

—Y tú, Diana.

Ella se puso rígida.

—¿Por qué yo, Chester?

—Hablé con Clapham —contestó él escuetamente.

Diana se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia.

—Puesto que Clapham te lo ha dicho, es inútil negarlo —dijo—. Sí, yo también tomé parte en el asunto. Pero Lyssiner y los otros no lo sabían; era algo entre él y yo solamente.

—Estabas dispuesta a traicionar a tu padre —acusó Ball.

—Deberías conocerle un poco mejor —respondió Diana desabridamente—. Es mi padre y todavía hoy me pregunto cómo encontró una mujer capaz de casarse con él. Por fortuna, mi madre murió hace dos años, lo que significa que ya ha dejado de padecer.

—Pero ahora vives con él...

Diana se encogió de hombros.

—No tengo otro remedio —dijo. Sus ojos llamearon de pronto—. Créeme, si encontrase esos brillantes, lo dejaría plantado y me iría a los antípodas.

—Creo que te entiendo —sonrió Ball—. Dime, Diana, ¿conoces tú a un tal Bart Mainwaring?

—No —contestó ella, sorprendida—. ¿Quién es?

—El tipo que se presume asesino a Albertson..., por lo menos.

—¡Pero fue Lyssiner! El portero de la casa declaró que vio salir a un hombre de mediana edad, que usaba bastón...

—Creí haberte oído decir que no leías periódicos, Diana, porque, sin duda, te refieres al asesino de Perkins.

Diana enrojeció ligeramente.

—Me lo has dicho tú —murmuró.

—Yo no he mencionado para nada el aspecto personal del supuesto asesino —dijo Ball.

—Bueno, tuvo que ser Lyssiner. ¿Quién, si no, tendría interés en librarse de sus cómplices?

—Si es Lyssiner, también querrá librarse de ti.

—¿Por qué? No sabe nada...

—Se lo he dicho yo.

La cara de la joven se puso gris. De pronto, agarró el bolso y se dirigió hacia la puerta.

—¡No te lo perdonaré jamás, Chester Ball! —gritó, un segundo antes de que sonara el portazo que hizo retemblar las paredes.

Ball sonrió y alargó la mano hacia la caja del tabaco. De pronto, cuando ya había encendido un cigarrillo, sonó el teléfono.

Era su antiguo colega, el inspector Sullivan.

—Había una bomba, Chester —dijo el policía.

—Me salvé por un pelo —se estremeció Ball.

—La casa de Lyssiner hubiera quedado arrasada. Esa bomba tiene doble potencia que la que mató a Bannister.

—Tengo los pelos de punta. Una pregunta, ¿podría haber explotado por el calor?

—Seguro, Chester.

—Pero los Lyssiner no encienden la chimenea nunca.

—Quizá pusieron la caja con la bomba para que, la encontrases tú, ¿no crees?

—¿Te parece posible?

—Hombre, investigas el caso... Tarde o temprano, te quedarías un momento a solas en la estancia... y sentirías curiosidad por ver de nuevo el hueco donde hace ocho años Lyssiner escondió el botín.

—Quizá tengas razón —convino el joven pensativamente.

Al cabo de un rato, hizo una llamada telefónica de larga distancia. Clapham contestó enseguida.

—Voy a darle un consejo —dijo Ball—. Escóndase

inmediatamente.

—Pero, señor Ball...

—Perkins ha sido asesinado esta mañana. Aparte de Diana Rubbert, es usted el único de los cómplices de Lyssiner que sigue vivo. Si entiende lo que esto significa, hará bien en seguir mi consejo lo más rápidamente que pueda, señor Clapham.

CAPÍTULO X

Ball llegó al día siguiente, por la mañana, a la casa de los Lyssiner. Gwen abrió y sonrió al verle.

—Ha vuelto antes de lo esperado —dijo.

—Por necesidad, desgraciadamente. Todavía no puedo volver sin otra clase de obligaciones.

—Está bien, pase y le haré un poco de café. Mi padre está todavía en la cama.

—Gwen, necesito subir al piso superior.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Voy a espiar al espía.

—¿Cómo?

—Ande, prepare el café; después se lo explicaré.

—De acuerdo, Chester.

Al quedarse solo, Ball se acercó a una de las ventanas de la sala, quedándose prudentemente oculto tras las cortinas. Gwen lo encontró así cuando volvió minutos más tarde con la bandeja en las manos.

—¿Ha visto algo?

—No, todavía no; por eso le pedí antes permiso para subir al piso superior.

—Muy bien, le dejaré mi propia habitación... Pero ¿qué ocurre?

—Simplemente, el paquete era una bomba, como usted misma receló, pero no estaba destinado a ustedes, sino a mí. Aunque al asesino no le habría importado que murieran usted y su padre.

Ella se estremeció.

—¿Puede haber en este mundo gente tan desalmada? —murmuró.

Ball removía el azúcar de su taza con la cucharilla.

—La hay —contestó.

—¿Por qué quieren matarle?

—Estorbo. Mis investigaciones pueden resultar peligrosas.

—¿Lo cree así?

—Gwen, alguien robó el envío a Amsterdam y cargó las culpas sobre su padre. Pero ese botín está todavía en alguna parte y el ladrón necesita seguridad... y que alguien vuelva a cargar de nuevo con sus crímenes. Mi actuación le pone en peligro y quiere deshacerse de mí. En cuanto a ustedes dos, la vida de ambos ya no tiene interés para él.

—Me siento aterrada, Chester —confesó la muchacha.

—Tiene motivos para ello. —Ball apuró la taza de café y tomó la caja de forma alargada que había llevado consigo—. ¿Por dónde se va al piso superior?

Gwen le indicó el camino. Ball se situó frente a la ventana. La caja contenía unos prismáticos, con soporte especial y trípode, a fin de no cansarse sosteniéndolos con las manos.

—¿Por qué ha elegido este punto de observación? —preguntó Gwen, curiosa.

—Está situado directamente sobre la sala y dispongo de más campo visual —explicó él.

Las cortinas quedaron casi completamente corridas, dejando solo el hueco justo para los prismáticos. Ball se sentó en una silla, encendió un cigarrillo y miró sonriente a la muchacha.

—Usted y su padre deberán actuar con toda normalidad —indicó—. Váyase y no se preocupe de mí.

—Como quiera, Chester.

* * *

A media tarde, Ball bajó a la sala. Gwen y su padre le miraron con curiosidad.

—Necesito salir de la casa sin ser visto —dijo él.

—Hay una puerta trasera —dijo Gwen—. Venga, por favor.

Cruzaron la cocina y salieron al patio trasero. Ball lo atravesó, salvó la pequeña valla y salió a un camino bordeado de árboles.

De pronto, se dio cuenta de que Gwen estaba a su lado.

—¿Adónde va, muchacha? —preguntó.

—Usted ha visto algo —dijo ella.

—Sí, he visto al espía.

—Entonces, le acompaño.

—Puede ser peligroso...

—Correré el riesgo —declaró Gwen, resuelta—. Además, conozco bien la localidad y puedo guiarle.

—Eso no está mal pensado. Hay una casa a unos quinientos metros, unos veinte metros más alta que la de ustedes.

—Creo que la recuerdo, pero me parece que está deshabitada...

—Lógico, ¿no?

Gwen le guió sin titubeos, después de seguir el consejo de Ball de dar un gran rodeo. Así pudieron llegar hora más tarde a la casa sospechosa, un edificio antiguo, de planta y primer piso, con tejado de pizarra. El jardín estaba muy descuidado.

—No haga ruido —dijo él en voz baja.

Llegaron a la puerta posterior. Ball tanteó el pomo de la cerradura. Tuvo que emplear la ventana contigua, cuyo bastidor de guillotina no estaba asegurado por el pestillo.

Una vez dentro, alargó las manos para ayudar a la muchacha. La falda de Gwen era moderna, muy corta y todavía se acortó más en los breves instantes que duró la acción.

—Preciosas, realmente preciosas —comentó Ball, sonriendo.

Ella se irguió, con los ojos chispeantes de cólera.

—¿Es todo lo que se le ocurre en estos momentos, mirar mis piernas? —preguntó.

—No alce tanto la voz, pero... ¿qué quiere que le haga yo, si estaban tan a la vista?

Gwen fue a replicar algo, pero Ball le hizo señales con una mano, a la vez que cogía una de las suyas. Pisando en completo silencio, atravesaron la cocina, y salieron a un amplio y polvoriento vestíbulo.

Los muebles se conservaban en buenas condiciones, enfundados la mayoría de ellos. Frente a la entrada había una escalera que conducía al piso superior.

Ball se detuvo un instante, a fin de estudiar mentalmente la disposición de la casa. Luego, cuando supo con certeza el camino que debía seguir, reanudó de nuevo el camino, sin soltar la mano de

Gwen un solo instante.

Momentos después, se detenían ante una puerta. Ball abrió con infinita lentitud; la cerradura podía estar oxidada.

Después de abrir, vieron a un individuo sentado en una silla, detrás de un telescopio situado sobre un trípode. A la derecha había una mesita, en la que se veían algunas latas de cerveza y bocadillos.

Ball soltó a la muchacha y avanzó. De pronto, el espía se puso rígido al sentir algo duro y frío en la piel del cuello, bajo la nuca.

—Esto que toca tu cogote es una pistola —dijo Ball a media voz —. Un solo movimiento sospechoso y te enviaré al infierno.

Los brazos del sujeto se elevaron instantáneamente.

—¡Por el amor de Dios, no tire! —gritó, lleno de pánico.

—Entonces, quieto hasta que se lo ordene.

Con la mano izquierda, Ball registró rápidamente al sujeto. Lo único que le encontró encima fue una espectacular navaja de resorte, de la que se apoderó sin remilgos.

—Ahora ya puede volverse y dar su nombre —dijo.

El espía se levantó y giró en redondo.

—Me llamo Bart Mainwaring... Oiga, ¿dónde está su pistola? —exclamó, de repente.

—Era sólo el capuchón de la pluma estilográfica —rió Ball. De pronto, hizo aparecer la hoja de la navaja—. Pero queda esto para rajarte las tripas, ¿entendido?

Mainwaring se lamió los labios.

—Yo no hacía nada malo... —dijo con voz insegura.

—Trataba de violar la intimidad de una casa ajena, lo cual puede ser castigado por un juez. Mientras se pasa unas semanas en la cárcel, el Yard puede buscar antecedentes suyos..., y seguramente encontrará algo para echarle encima unos cuantos años de presidio. Gwen, mire a través del telescopio y dígame lo que ve —pidió a la muchacha.

Ella obedeció. A los pocos momentos, se volvió hacia Ball.

—Está enfocado directamente a la sala. Veo la chimenea sin la menor dificultad —informó.

—Muy bien. —Ball fijó la vista en su prisionero—. Mira por dónde, yo creía que el nombre de Mainwaring era un pseudónimo, pero, por lo que vemos, se trata de un ser de carne y hueso.

—Siempre me he llamado así —contestó el sujeto con aire

retador.

—Incluso cuando alquiló usted hace algunos meses, cierto piso que no ha sido ocupado jamás. ¿Sabe que el Yard puede acusarle del asesinato de Barry Albertson?

El rostro de Mainwaring se puso lívido.

—¡Yo no fui! —gritó.

—Pero sabe, quién lo hizo.

Los labios de Mainwaring se contrajeron.

—No sé nada —respondió hoscamente.

—¿A quién piensa engañar con esa fábula? Usted alquiló el piso porque se lo ordenó alguien. Era conveniente que el conserje de la casa viera a una persona, no porque él fuera a oponerse, sino porque, de este modo, el verdadero asesino tendría una cobertura el día que decidiera matar a Albertson. Pero, probablemente, también acondicionó el hueco que hay bajo uno de los tramos de escalera. ¿Me equivoco, Bart? ¿Cuánto le pagaron por su tarea? ¿Cuál es su sueldo de espía?

Mainwaring hizo un signo negativo con la cabeza.

Ball suspiró y se volvió hacia la muchacha.

—No quiere hablar —dijo—. Tendremos que llevarlo a Scotland Yard. Allí le harán muchas preguntas indiscretas.

—Usted no tiene autoridad para arrestarme —se mofó el espía.

Ball puso la punta de la navaja bajo su barbilla.

—Pero puedo apretar a fondo y dejarle seco —contestó—. Soy más alto y fuerte que usted y... ¿Es preciso que enumere todas sus desventajas?

Mainwaring se encogió de hombros.

—No podrán probar nada —dijo.

Pero su voz carecía de firmeza, apreció Gwen.

—¡Andando! —ordenó Ball, a la vez que agarraba el hombro izquierdo del sujeto y le empujaba hacia la puerta.

En silencio, salieron al pasillo y enfilaron la escalera. Cuando apenas habían bajado dos o tres peldaños, se abrió la puerta de la casa.

Un hombre apareció en el umbral. Vio la escena y sacó una pistola.

—¡Gwen, tírese al suelo! —gritó Ball.

La pistola chasqueó unas cuantas veces. Mainwaring chilló

horrorosamente, mientras movía los brazos de forma aparatosa. Ball se tendió boca abajo, temeroso de recibir algún proyectil.

De pronto, Mainwaring cayó hacia adelante y empezó a rodar por la escalera. La puerta de la casa se cerró con fuerte golpazo.

Instantes después, Ball oyó el rugido del motor de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. Corrió hacia el exterior del edificio, pero el vehículo doblaba en aquellos momentos por un cruce cercano y no tuvo tiempo de distinguir el menor detalle.

Frustrado, regresó al interior. Mainwaring yacía en el suelo, hecho un ovillo y se arrodilló a su lado.

Gwen contemplaba la escena desde el arranque superior de la escalera. Al cabo de unos momentos, Ball alzó la cabeza. Ella estaba palidísima.

—De ahora en adelante, ya no podrá decir que jamás vio un asesinato «en directo» —dijo.

—¿Ha... ha muerto?

Ball asintió.

—Alguien ha hecho lo que vulgarmente se llama tapar una boca comprometedora —respondió.

—Ha sido horrible... Todavía tengo el miedo en el cuerpo...

—Tampoco yo he pasado un buen rato. Gwen, busque el teléfono y llame a la policía.

—Está bien.

Ella se reunió con Ball momentos más tarde.

—El teléfono está desconectado —declaró.

No me extraña la casa está en buen uso, aunque deshabitada. Probablemente, al dueño, no le convenía alquilarla.

—Sí, pero ¿quién es el dueño?

—No tardaremos en saberlo, Gwen. —Ball hizo un gesto lleno de pesimismo—. La cosa ocurrió con demasiada rapidez para que pudiera captar detalles interesantes. Por otra parte, el asesino llevaba sombrero y gafas de color; eso es algo muy sencillo de usar y que desfigura la fisonomía por completo.

—¿Cree que vino a matar a Mainwaring?

—No. Usted misma ha dicho que el teléfono está desconectado; por tanto, Mainwaring no podía usarlo para informar. Eso obligaba al asesino a venir personalmente para recibir los informes, ¿comprende?

—Y se lo encontró con nosotros...

—Y cerró su boca a tiros.

Ball suspiró y agarró a la muchacha por un brazo.

—Repórtese —añadió con acento persuasivo—. Ya no podemos hacer nada por Mainwaring y, a fin de cuentas, nosotros estamos sanos y salvos.

—Quizá el asesino vuelva a atacar muy pronto —temió la muchacha.

—No lo creo; en todo caso, no la atacará a usted, sino a mí. Pero ya procuraré protegerme.

Ball se volvió hacia Gwen cuando ya estaban fuera del edificio.

—¿Sabe?, creo que he averiguado la forma en que alguien conoció el escondite de la chimenea —dijo sonriendo.

CAPÍTULO XI

—Estuvo un año y medio. Una vulgar estafa, nada del otro mundo —dijo Frankie Lack *el Antena* a través del hilo telefónico.

—Por nada del otro mundo no se pasa un tipo un año y medio en la cárcel —sonrió Ball.

—Bueno, quiero decir que no fue cosa de demasiada envergadura; unos cuantos miles. Pero allí conoció a un tipo que era experto en explosivos, un tal Sean O'Keagh

·
—Irlandés.

—Sí, aunque desligado ya de la política.

O'Keagh

había ido a parar a la cárcel por un par de tajos a un rival amoroso.

—Voy entendiendo. ¿Algo más, Frankie? —Por ahora, eso es todo.

—Sí, creo que es todo. Gracias por la información.

Después de colgar el teléfono, Ball salió a la calle. Media hora más tarde, estaba en presencia de Jackson Phyle.

—Se ha cometido un asesinato en una casa de su pro piedad —dijo, después de los primeros saludos.

—Estoy enterado de ello —respondió Phyle—. Horrible, verdaderamente horrible...; pero aquel tipo estaba allí sin mi permiso.

—Era el mismo que alquiló el departamento de la calle Wosleigh.

—Sí, pero creo haberle dicho que yo no le había visto nunca en persona. Era mi conserje quien se ocupaba del cobro de los alquileres.

—Lo sé, lo sé. Únicamente vine a ver si usted podía darme más detalles, señor Phyle.

—Creo que le he dicho todo, señor Ball.

—La casa de Epping es suya. Ahora está deshabitada.

—Sí, hace algunos meses que se fueron los últimos inquilinos y, desde entonces, no ha vuelto a ser alquilada.

—¿Lo estaba cuando Rubbert perdió el envío a Amsterdam?

—Bueno, han pasado muchos años desde entonces... Tendría que consultar mis libros... —Consúltelos, por favor.

—Esos libros posiblemente estarán archivados... Ya digo que han pasado ocho años...

—Está bien, no se moleste —sonrió Ball—. Iré a Epping; en las oficinas municipales tienen un archivo mejor organizado. A fin de cuentas, todos los inquilinos de su casa han tenido que pagar impuestos municipales y usted ha debido de registrar allí las sucesivas ocupaciones de la casa.

Ball se puso en pie y volvió a sonreír.

—Le agradezco su amabilidad —se despidió.

En realidad, no se marchaba para ir a Epping, sino porque, de súbito, había captado un detalle en el calendario que Phyle tenía a sus espaldas.

El calendario estaba adornado con la figura de una hermosa muchacha ataviada únicamente con su frondosa cabellera de oro. Pero Ball se había fijado en la fecha y no en la ilustración.

—Guapa chica, ¿eh? —dijo Phyle con sorna—. Pero no le sabía aficionado a los calendarios con una señora en traje de Eva.

—No sabía que Eva hubiese llevado puesto algún traje —contestó Ball muy serio.

CAPÍTULO XII

El cartero llegó y distribuyó el correo por los distintos buzones particulares de la casa. Ni siquiera se fijó en el individuo que fumaba plácidamente, junto a la entrada.

Momentos después, el cartero se marchó. Ball esperó a que saliera el conserje.

—Hola —saludó.

—Ah, es usted —dijo el individuo—. ¿Puedo servirle en algo?

Ball demoró la respuesta algunos segundos. El conserje abrió su buzón y sacó unas cuantas cartas y folletos de propaganda.

—Tengo que pedirle algo —dijo Ball, a la vez que enseñaba un billete de cinco libras.

Los ojos del conserje emitieron un chispazo de interés.

—Si no es algo ilegal...

—Nada ilegal, Sam.

—Me llamo Ernie, señor.

—Sí, Ernie. Quiero estar presente cuando abra usted el correo.

El conserje se encogió de hombros.

—Bueno, pase —dijo.

Ball siguió a Ernie hasta unapestoso cuchitril, en el que los olores dominantes eran los de coles hervidas y ginebra barata.

—Su esposa no está —observó el visitante.

—Ha salido al mercado —respondió Ernie—, pero no le diré nada de las cinco libras; sería capaz de gastárselas en ginebra.

«Tú te las gastarás en cerveza», pensó Ball.

Ernie abrió un par de cartas. Ambas contenían propaganda. La tercera carta contenía unos cuantos billetes y una nota.

—Ése es el importe del alquiler de un piso —dijo el joven.

—El de Mainwaring... Pobre hombre, envió el dinero antes de

morir. Siempre fue un tipo cumplidor...

Ball tomó con dos dedos de cada mano el sobre y la nota en la que se indicaba el destino que debía darse a los billetes. Sobre y nota fueron a parar a uno de sus bolsillos.

—Ernie, voy a pedirle un favor.

—Sí, señor; lo que usted diga.

—Cierre la boca. No diga a nadie que me he llevado este sobre y la nota que acompañaba al dinero.

—No se lo diré a nadie, descuide.

—Ni siquiera al señor Phyle. —Ball sonrió ampliamente—. A fin de cuentas, a él sólo le interesa cobrar el alquiler de su piso, ¿no es cierto?

—Claro, pero ese piso quedará ahora libre...

—No tardará en llegar algún inquilino. Gracias, Ernie.

Ball salió a la calle y subió a su coche. Se sentía sumamente satisfecho; por una vez, la casualidad había venido en su ayuda.

Porque la fecha que había visto en el calendario del despacho de Phyle era la de fines de mes, aproximadamente cuando la gente acostumbraba a pagar el importe de los alquileres de sus pisos.

Y había llegado muy a tiempo, justo antes de que Ernie, como tenía por costumbre, hubiese destruido el sobre del dinero y la nota explicatoria.

* * *

—¿Le gustaría hacer una excursión, Gwen?

La muchacha se sintió muy sorprendida al escuchar aquellas palabras.

—¿Adónde, Chester? —preguntó—. Es muy temprano...

—Su padre está bien, lo suficiente para prepararse por sí mismo el almuerzo. Espero hayamos vuelto antes de la noche.

—De acuerdo. Iré a decírselo, pero permita que le diga que me siento muy intrigada.

Ball sonrió enigmáticamente.

—Hace un día estupendo —manifestó.

Gwen emitió una cálida sonrisa.

—Sí, es un día magnífico —convino—. Iré a cambiarme...

—No tarde —recomendó él.

Minutos más tarde, salían en el coche. Gwen se había puesto un vestido de color claro, muy sencillo, pero de traza indudablemente elegante. A Ball le pareció encantadora.

Dos horas más tarde, se detuvieron a la entrada de un enorme parque. El interfono que había junto a la verja funcionó satisfactoriamente. Ball y la muchacha se apearon poco después frente a la residencia.

—Es la casa de Sylvia Endicott —exclamó ella, atónita.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estuve hace algún tiempo. Ella me llamó; dijo que quería ayudarnos... Yo rechacé su ayuda —contestó Gwen orgullosamente.

—Sylvia es mejor de lo que usted se piensa.

Entraron en la casa. Perry Mac Lane salió a recibirles.

—¿Cómo va todo, Chester? —preguntó.

—Estupendamente. A ella ya la conoces, creo.

—Sí. Encantado, señorita Lyssiner.

—Hola —dijo Gwen, un tanto secamente.

—Perry, se ha acabado la oscuridad —sonrió Ball.

Mac Lane arqueó las cejas.

—¿Puedo decírselo...?

—Claro. Y dile que venga; estaremos en el salón. —*Okay*, Chester.

En el salón, Ball llenó dos copas con jerez y ofreció una a la muchacha.

—No entiendo absolutamente nada —dijo Gwen.

Ball no contestó, muy ocupado en olfatear el aroma del vino. Probó un poco y chasqueó la lengua, satisfecho. —Es del bueno— comentó.

Sonaron pasos en el vestíbulo. Mac Lane y Sylvia Endicott aparecieron en la puerta.

—¡Está viva! —gritó Gwen, atónita.

—Por fortuna —sonrió Ball—. ¿Cómo te encuentras, Sylvia?

—Ya no necesito venda sobre la herida. ¿Qué tal, señorita Lyssiner?

Gwen volvió los ojos hacia Ball.

—Pero... la enterraron...

—Fue un ataúd vacío, bueno, con algunas piedras como lastre; pero yo espero que pasen muchísimos años antes de que eso ocurra

de verdad —respondió Ball—. Sylvia, creo que tu clausura ha acabado.

—La verdad, no me encontraba tan mal —rió la aludida, con la vista fija en Mac Lane.

—Es una buena compañía, en efecto. Sylvia, sólo una pregunta, por favor.

—Sí, Chester, lo que quieras.

—¿Fue Perkins el que pasó a Lyssiner el paquete con los guijarros?

—Así fue, en efecto. ¿Eso es todo?

—Coincide con lo que dijo su padre, Gwen —habló Ball, vuelto a la muchacha.

—No tenía por qué engañarle —contestó ella, muy sulfurada.

—Pero quizá podía flaquearle la memoria. De todos modos, ya hemos hecho todo aquí.

—¿Ésta es la excursión que me prometió?

Ball observó una nota de decepción en la voz de la muchacha.

—No tenga prisa. Son las once de la mañana y el día es muy largo —contestó Ball—. Sylvia, tu posición es ahora muy buena; hablando francamente, eres una mujer rica.

Sylvia se sonrojó.

—Bien, no tengo por qué negarlo...

—Un título nobiliario te sentaría muy bien. Condesa de Hathweli, por ejemplo.

—¡Chester! —Gruñó Mac Lane.

Ball se echó a reír.

—Sylvia, mi amigo Perry es honesto y trabajador. El no tiene la culpa de que el decimocuarto conde Hathweli, su bisabuelo, derrochase la fortuna de la familia.

—Vaya, quién lo dijera —exclamó Sylvia, pasmada.

Ball empujó a Gwen hacia la salida.

—Dejemos que Sylvia se recupere. Perry la ayudará —dijo.

Antes de salir, Gwen se volvió y sonrió al ver a Sylvia y Perry con las manos juntas.

—Es usted un maldito casamentero, Chester —dijo alegremente.

—Se gustan, de modo que no he hecho nada, sino anticipar algo que Sylvia debía saber tarde o temprano. Perry será un buen esposo para ella.

—No me cabe la menor duda. Pero... condesa Hathweli...

—Suenan bien, ¿verdad?

—A ella le sonará a gloria —aseguró la muchacha—. Por cierto, ¿cuál es la siguiente etapa de la excursión?

—Bien, vamos a un sitio donde, espero, podremos desenmascarar al asesino y ladrón del envío a Amsterdam —contestó Ball.

CAPÍTULO XIII

Diana Rubbert abrió la puerta y contempló críticamente a los visitantes durante unos segundos. Luego frunció los labios con claro gesto de desprecio.

—¿Quién es, Chester? —habló al fin.

—Gwen Lyssiner. A su padre le habría gustado venir, pero la salud se lo ha impedido. ¿Podemos pasar, Diana?

—Me gustaría saber a qué han venido —dijo la rubia hostilmente.

—No creo que tardes mucho en saberlo. Por cierto, ¿está en casa el señor Rubbert?

—Aquí me tiene, entrometido —sonó una voz irritada—. ¿Qué diablos quiere ahora?

Malcolm Rubbert avanzaba a través del vestíbulo. Detrás de él, apareció el rostro huido de Louis Melville.

—Señor Rubbert, tengo el gusto de presentarle a Gwen Lyssiner —dijo Ball, muy serio.

—La hija del ladrón.

—El señor Lyssiner lo fue en una época de su vida, pero ahora es un hombre honrado.

Rubbert soltó una estentórea carcajada.

—¡Un hombre honrado! Y ni siquiera ha devuelto el contenido de aquel paquete que nos envió a la ruina...

—El señor Lyssiner no puede devolver algo que no está en su poder, algo que, si él robó hace años, también le fue robado, antes siquiera de que pudiera aprovecharse de su contenido. Pero le diré una cosa, señor Rubbert: la señorita Lyssiner está aquí en representación de su padre y me ha concedido su aprobación para que yo descubra al verdadero ladrón del envío a Amsterdam.

—Así es —confirmó Gwen con voz serena.

—Será mejor que pasemos al salón —propuso Diana de pronto —. Creo que allí estaremos más cómodos.

—No es mala idea —aceptó Ball.

Rubbert fue el primero en romper la marcha, gruñendo y refunfuñando de todo y de todos. Una vez en el salón, tomó asiento en un enorme butacón y miró a los visitantes con hostilidad apenas disimulada.

Gwen paseó la vista por el interior de la estancia.

—Para ser un hombre que se declara arruinado, vive usted con muchos lujos, señor Rubbert —comentó.

—Es pura fachada —gruñó el aludido.

—Esa fachada quedó muy bien decorada con el dinero del seguro pagado por el envío a Amsterdam, algo más de medio millón de libras —dijo Ball con acento placentero—. De este modo, el señor Rubbert pudo retirarse de los negocios y dedicarse a la vida bucólica y campestre, aunque, eso sí, lamentando en su fuero interno que la otra parte del plan no hubiera salido como él esperaba.

Gwen se volvió hacia el joven.

—¿Qué otra parte del plan, Chester? —preguntó.

—El señor Rubbert cobró, efectivamente, el importe del seguro, pero es que, además, él esperaba quedarse también con el envío a Amsterdam, con lo que, como se dice, habría matado dos pájaros de un tiro.

Sobrevino un intenso silencio. Rubbert, sentado en su butacón, tenía las manos crispadas sobre los brazos del mismo. Melville se hallaba muy cerca, mirando a Ball a través de sus párpados un tanto bolsudos.

Diana estaba junto a una consola, en la que había botellas y vasos. Ball se dio cuenta de que ella tiraba ligeramente de un cajón, dejándolo parcialmente abierto.

* * *

—Señor Rubbert, usted estuvo enterado en todo momento del robo que planeaban sus empleados —dijo Ball tras unos segundos de pausa—. Le informó su propia hija quien, a su vez, había

conocido el plan por mediación de Andy Clapham con el que, en aquella época, sostenía un volcánico romance. Sus negocios no marchaban todo lo bien que quisiera, por varias razones, una de las cuales es que usted es un comerciante de la vieja escuela y ésa es una especie que está a punto de extinguirse. No tiene el ímpetu, ni la agresividad de otros colegas, quienes usan métodos modernos... y también, hay que decirlo, son más poderosos económicamente. Usted lo sabía todo y el plan de robar el envío a Amsterdam, le vino de perillas.

»Cobraría el seguro, cuya cifra, por otra parte, no cubría ni la mitad del valor real del envío de diamantes y platino, y luego se lucraría con el botín que otros habían robado para usted. Lógicamente, su hija Diana tuvo que avisarle del día en que se iba a producir el robo.

»El paquete falso fue preparado y Lyssiner efectuó el cambio, cuando se lo entregó Perkins. Pero lo que nadie sabía era que había un tercer paquete, falso, dispuesto a sustituir una vez más al auténtico. Lo que sucede es que no hubo tiempo de realizar esta segunda sustitución.

Ball se volvió hacia la hija de Rubbert.

—¿Por qué, Diana? —preguntó.

—Andy habría hecho el cambio —respondió la interpelada de mala gana—. Allí mismo, en la oficina..., pero el imbécil de Lyssiner salió arreando. Se marchó antes de acabar la jornada de trabajo. Andy y yo estábamos en departamentos distintos y cuando quisimos actuar, ya era tarde.

—Mi propia hija quería traicionarme —se lamentó Rubbert.

Diana se enderezó bruscamente.

—Sí —gritó—. Estaba harta de ti, de tus cóleras, de tus destemplanzas, de tu maldita avaricia... Si la cosa hubiera salido bien, Clapham y yo nos habríamos largado con el paquete a Sudamérica. —Soltó una agria carcajada—. El viejo envió guijarros a Amsterdam y nosotros nos quedamos con otro paquete que sólo tenía arena. Lyssiner, a fin de cuentas, fue el que ganó.

—Pero perdió el envío auténtico —dijo Ball—. Y Lyssiner fue chasqueado y, además, acabó en la cárcel.

—Después de lo cual, se ha dedicado a asesinar a la gente —intervino Melville por vez primera.

—No acuse usted a nadie, sobre todo, después de haberse hecho pasar por Lyssiner, aunque también es cierto que no es usted el único que ha apretado el gatillo de un arma en los últimos tiempos.

La cara de Melville griseó horriblemente. Quiso hablar, pero la voz no salía a través de su garganta.

—Melville, usted pasó una larga temporada en la cárcel. Allí conoció a un tal Sean

O’Keagh

, antiguo experto en explosivos.

O’Keagh

fue quien preparó la bomba que eliminó a Bannister el primero en la lista de personas que debían desaparecer de este mundo. También mató usted a Hedda Markhane y a Perkins... Posiblemente, también disparó contra la señora Endicott, pero manejar un fusil de caza, por muy bien equipado que esté, no es fácil y erró el tiro.

Diana abrió la boca.

—¡Sylvia está viva! —dijo.

—Sí, solamente se simuló el entierro, para no correjel riesgo de un segundo ataque, que podría ser definitivo. Melville, ¿dónde está la porra con la que me golpeó en el jardín de la señora Endicott?

—La tendrá en su cuarto —dijo Diana con una risita.

—Con el fusil de caza.

Diana se encogió de hombros.

—Chester, todo lo que hemos oído, hasta ahora, no son más que especulaciones gratuitas. Lyssiner es el asesino —exclamó.

—Se le quiso hacer pasar por el asesino, y éste es un plan que alguien empezó a elaborar ya hace ocho años, al día siguiente del robo. Es más, en cuanto Lyssiner fue a parar a la cárcel, avisó a sus cómplices de que repartiría el botín en cuanto hubiera salido en libertad. Era un plan a muy largo plazo, pero el botín merecía la pena esperar. Las compañías de seguros tienen muy buena memoria y la que pagó algo más de medio millón de libras debía de sentirse muy escocida por el robo.

—Yo no tengo uno solo de aquellos diamantes —confesó Rubbert, perdida su habitual arrogancia—. A mí me engañaron todos, empezando por mi propia hija... y hasta mi sobrino...

—Usted tuvo siempre un carácter infernal y esto le perdió,

porque nunca se imaginó que alguien querría tomarse el desquite —acusó Ball fríamente—. Yo me sentiría infeliz si supiera que todo el mundo, incluida mi propia hija, me detestara tan profundamente; pero, claro, hay personas que disfrutan sintiéndose odiadas... y luego pagan las consecuencias.

—Acabemos de una vez —dijo Diana, con gran impaciencia—. ¿Dónde están los diamantes y el platino? Tú lo sabes, creo.

Ball hizo un ligero gesto de aquiescencia.

—Estoy esperando a otro de los protagonistas de la obra —contestó.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Abre, Gwen —ordenó el joven.

Un hombre llegó al salón instantes después.

—¿Diana, me has llamado...? —Pero se interrumpió en el acto al ver a Ball—. ¿Qué hace este hombre aquí? —preguntó Phyle hostilmente.

—Acusar —respondió Ball sin perder la calma—. Acusar y poner en claro todos los hechos, incluida su participación en los asesinatos, señor Phyle.

El recién llegado lanzó una estentórea carcajada.

—Es lo que me faltaba por oír —dijo—. Nada menos que me acusa de asesinato...

—Al menos, de su espía Mainwaring, a quien mató cuando lo vio en mi poder. Mainwaring conocía su identidad y podía delatarle. Y como en la casa de Epping no funciona el teléfono, usted debía acudir allí a recoger personalmente los informes.

Phyle entrecerró los ojos.

—No hay pruebas —rezongó.

Ball sacó unos papeles del bolsillo.

—Hace ocho años, alguien, haciéndose pasar por Lyssiner, escribió sendas cartas a los cómplices de un robo —dijo—. Aunque la letra esté desfigurada, unos expertos calígrafos dirán sin lugar a dudas quién fue el autor de una carta dirigida a Andy Clapham, cuyo destinatario la ha conservado durante tantos años. Por otra parte, aquí tengo también el sobre de una carta que contenía el dinero del alquiler del piso desde el que se disparó contra Albertson, junto con la nota en que se indica el destino de ese dinero. Usted, Phyle, se pagaba a sí mismo la renta de ese

departamento, a fin de que el conserje no lo alquilase a nadie. Claro está que Mainwaring lo alquiló, pero por orden suya, e incluso preparó el escondite bajo la escalera, pero eso es todo lo que hizo allí. El escondite tenía que servir para que desapareciera el asesino de Albertson, como así sucedió, en efecto.

»Lo que sucede es que la policía buscó a un hombre y no lo encontró, porque el asesino de Albertson fue una mujer.

Gwen se puso una mano en la boca al comprender el significado de aquellas palabras. Diana palideció.

—La policía buscaba a un hombre —repitió Ball—, porque no se les ocurrió pensar en una mujer, de aspecto corriente, vestida con ropas modestas, que disparó y se escondió y permaneció, con gran sangre fría, largas horas en aquel agujero, hasta que fue de noche y pudo salir sin peligro. Diana, tu perfume te ha perdido. Cuando yo descubrí la guarida, todavía había algo de olor. Estuviste demasiado tiempo para que no se notase. Seguramente, llevabas algún frasquito en el bolsillo y allí, al cabo de las horas, debías de sentir mucho calor, por lo que, en alguna ocasión, te frotaste las sienes y el cuello con colonia. ¿Me equivoco?

La mano derecha de Diana empezó a entrar en el cajón.

—¡Los diamantes! —rugió Rubbert de pronto—. ¿Dónde están? Ball sonrió.

—Yo tengo el paquete con el envío a Amsterdam, todavía con los sellos intactos, tal como el día en que preparó —dijo. Se volvió hacia Phyle—. Usted sabía ya lo que iba a pasar, porque Lyssiner le visitó para proponerle la compra de las piedras y el platino. Desde su casa, pudo ver el escondite del botín, así que una noche fue allí y lo robó tranquilamente. Luego, como era algo todavía «caliente», lo escondió, dispuesto a dejar pasar el tiempo.

—Sí, pero ¿dónde estaba? —preguntó Diana.

—En otro escondite análogo al que preparó Lyssiner, en la chimenea de la casa de Epping, propiedad de Phyle. El propio Lyssiner fue quien le dio la idea, sin saberlo, claro. Ahora, ese paquete está en mi coche...

—¡Es mío! —gritó Rubbert.

Diana sacó un revólver.

—Será nuestro —exclamó—. Vámonos Jack.

Phyle empezó a retroceder hasta la salida. De pronto, Melville

lanzó un aullido.

—¡Perra! ¡Me has engañado! Dijiste que nos repartiríamos el botín, que nos iríamos muy lejos...

Melville tenía en la mano una pistola. Diana disparó, pero erró el blanco. Melville, enloquecido, hizo fuego sin cesar, hasta agotar el cargador del arma.

Ball había empujado a Gwen al suelo. Cuando cesaron los estampidos, Diana y Phyle yacían en el suelo, unidos en mortal abrazo.

Ball se puso en pie. Melville, con ojos de demente, sacó otro cargador y quiso ponerlo en la pistola, pero un puño se disparó con tremenda potencia y lo dejó sin sentido.

En su sillón, Rubbert lloraba silenciosamente.

Ball le dirigió una larga mirada. Quizá eran sus primeras lágrimas y no lamentaba tanto la muerte de su hija como la amarga decepción sufrida.

Sin prisas, buscó el teléfono y llamó a la policía.

* * *

—Pero, no comprendo cómo llegaste a saber tantas cosas —dijo Gwen, al finalizar aquel día tan agitado.

—Tenía alguien vigilando a Phyle continuamente —explicó Ball, sin mencionar a El Antena—. Ese hombre me informó, tanto de las relaciones de Melville con el antiguo terrorista irlandés, como de las visitas que Diana hacía a Phyle. A fin de cuentas, Phyle era un tipo todavía atractivo... y con las suficientes ideas como para vender el botín sin riesgos. También Diana supo ser paciente y esperar años...

—Para morir —dijo Gwen tristemente.

—Hizo un juego doble. Utilizaba a su primo para que cometiera algunos asesinatos, presentándole el señuelo de los diamantes y el platino; pero también se había aliado con Phyle, porque sabía que éste guardaba el botín. Phyle, por otra parte, se había sentido seducido por Diana, muy hermosa a fin de cuentas. No puedo asegurar nada, pero estoy por creer que Diana pensaba solamente en sí misma.

—Un día habría acabado por dar de lado a Phyle.

—Posiblemente. Phyle empezaba ya a ser viejo para ella. Pero,

en cierto modo, el viejo Rubbert es el culpable de todo, con su carácter infernal y sus humillantes destemplanzas para todo el mundo.

—Sin embargo, es el que gana, porque le devolverán los diamantes y el platino.

Ball hizo un gesto de indiferencia.

—Tendrá muchos jaleos, porque la compañía de seguros querrá saber muchas cosas... conviene tener presente que él pensaba hacer una estafa con el envío a Amsterdam. Y a sus años, si le queda algo, no lo podrá disfrutar ya demasiado, aparte de que siempre le quedará el remordimiento de ser el culpable indirecto de la muerte de su hija y el proceso de su sobrino. Pero esto, me imagino, no nos importa demasiado.

Gwen sonrió.

—Creo que no —contestó—. Lo importante es que mi padre haya quedado libre de toda sospecha.

—Eso es ya algo indiscutible. —Ball empujó a la muchacha suavemente hacia el automóvil—. Te llevaré a casa.

—Gracias, Chester.

—Iré a visitarte el próximo fin de semana, si no tienes inconveniente, Gwendolyne.

Por primera vez, Ball usaba el nombre completo de la muchacha. Ella, complacida, sonrió.

—Me gustará que vengas a visitarnos —dijo.

—Bueno, aunque salude a tu padre, ya puedes imaginarte cuál será el motivo principal de mi visita..., de mis visitas.

Gwen hizo un gesto de asentimiento.

—Ven siempre que quieras —musitó.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.